

LIBRARY
BIBLIOTECA LITERARIA DE LA REVISTA CENTROAMERICANA
DE DERECHO Y JURISPRUDENCIA.

Escenas de la vida en El Salvador.

POR EL

Dr. HERMOGENES ALVARADO.

MINISTERIO DE EDUCACION
COMON PATRIMONIO CULTURAL
BIBLIOTECA NACIONAL

Colección de novelas cortas en las que el autor estudia nuestros vicios sociales y nuestras malas costumbres.

SAN SALVADOR.

—
ALVARADO Y SUAREZ

8ª calle oriente, N. 45.

Apartado N. 150.

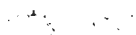
SFES 868
A472.C

LOS APUROS DE UN FRANCES
(1896)

PARTE PRIMERA

Mr. Planchat en camino á San Salvador.

*1 Mr. Planchat entra en escena. — 2 Zancudos y
chinchés. — 3 Una historia triste. — 4 Un paseo diverti-
do.*





CAPITULO I

MR. PLANCHAT ENTRA EN ESCENA.

Hace algunos meses recibí de Mr. Planchat una carta, fechada en París, anunciándome su próxima llegada á San Salvador, y que desembarcaría en Acajutla para hacer con facilidad el viaje á esta capital.

Aunque no conocía personalmente á Mr. Planchat, habíamos estado en relaciones con motivo de varios asuntos que me había encomendado. Decidí ir á encontrarlo al puerto de Acajutla, y para no perder el tiempo, consulté el itinerario de la compañía de vapores, que hace el servicio en nuestras costas, para estar allí el mismo día del desembarque.

En Acajutla no pude encontrar alojamiento, y comencé á vagar, sin rumbo ni objeto fijo, por aquellas playas rocallosas. Con frecuencia dirigía mi vista al líquido horizonte, ansioso de descubrir el esperado vapor; pero pasaban las horas, y.... ¡nada!

Mi actitud debió llamar la atención de la autoridad militar, y un sarjento, acompañado de cinco soldados, me intimó que de orden superior lo acompañara. Pedí explicaciones y la única que obtuve fué un empujón, que por fuerza me colocó en medio de la escolta y.... andando! El procedimiento, aunque expedito, no me pareció correcto, mas no me atreví á protestar por temor

de que aquellos salvajes me introdujeran en el cuerpo una cuarta de bayoneta.

Fuí conducido á presencia de un oficial que, por su aspecto, me pareció que había consumido unas cuantas botellas de aguardiente.

Qué hacías *vos ayí?*, me preguntó señalando la playa.

—Señor, contesté temblando, he venido á encontrar á un amigo mío que debe venir en el vapor que se espera en el puerto, y como no hallé dónde.....

—Hola! con que *vos esperás* un vapor, eh?—No me cabe duda que *vos sos* un agente de los revolucionarios.

—¡Yo un agente de los revolucionarios! Pero qué revolución es esa?

—Te *hacés* el disimulado gran.....á mi *naide* me engaña. Voy á dar cuenta con *vos* al comandante y cuidado como *negás* la verdad porque *mirá*.....

E hizo al mismo tiempo un ademán tan significativo que lo comprendí á las mil maravillas.

—Y quién es el señor comandante?, pregunté con timidez.

—Y á *vos* que te importa? *Pasá* y cuidado con chistar.

La bulla que hacía el oficial y sus soldados obligó al comandante á salir á la puerta de su despacho. Al verme corrió á estrechar mi mano con mucho cariño.

—Qué significa esto mi querido doctor?—¿Por qué lo traen á U. preso?

—Eso mismo me pregunto yo, mi querido general, y espero que U. me sacará de dudas.

—Es decir que á U. lo mandan de San Salvador, quizá con *instrucciones* de que desocupe el país *voluntariamente*, é ignora el motivo?

—Yo no he recibido las instrucciones que U. dice. He venido voluntariamente á esperar á Mr. Planchat que tomó el vapor costero que arribará hoy al puerto. Me han tomado preso en la playa, supongo que de orden de U. ó del señor oficial que está presente.

El general interrogó con la mirada al oficial. El pobre diablo no hallaba qué decir, y tartamudeó unas cuantas palabras, de las que pude comprender que me había tomado por uno de los que esperaban el vaporcito "Barclay Golden" que conducía al famoso Antonio Ezeita. Yo fui el primero en reirme del percance, y aunque al general le retozaba también la risa en los labios, procuró mostrar un continente serio é intimó al oficial dos días de arresto.

—Gracias, querido amigo, dije al general, y permítame ahora que me retire, pues lo supongo muy ocupado.

—Qué ocupación ni que ocho cuartos! Usted se queda conmigo.—¿A dónde diablos iría U? Acajutla es casi un desierto, y no encontrará donde pasar esta noche y las cuatro siguientes.

—No tengo intención de permanecer aquí tanto tiempo: el vapor debe llegar hoy, y tan luego que mi francés desembarque, tomaremos el primer tren y.....

—Pobre amigo mío y que cándido ha sido U! El vapor llegará aquí dentro de tres ó cuatro días, y puede suceder que no haga escala en el puerto.

—Pero eso es imposible! El itinerario de la compañía está claro, y más claras aún las obligaciones que le impone su contrata con el Gobierno, que le paga una fuerte subvención.

—Lo cual no impide que la llamada Pacific Mail se burle del Gobierno, reciba la subvención y se ría de todas las reclamaciones.

—Pase lo del retardo, pero que los vapores dejen de tocar en el puerto no lo concibo.

—Pues sepa U. que eso ya ha sucedido varias veces. Los pasajeros han chillado, los comerciantes han puesto el grito en el cielo, y los americanos, dueños de la empresa, se han quedado más frescos que una lechuga.

No teniendo más remedio que esperar, acepté la galante invitación del general. Sus previsiones fueron

hasta cierto punto exactas, pues el vapor llegó cinco días después y por fortuna ancló en el puerto.

Mi francés fué de los primeros en desembarcar, y pronto nos dimos á conocer.

Mr. Planchat es un hombre como de cincuenta años, rechoncho, de pera y vigote entre-canos y con una calva fenomenal. Su trato es agradable y chapurra un poco el español.

—A dónde llevarme U. ahora, mi *bon ami*?

—A la Comandancia, Mr. Planchat, porque deseo-presentarlo á un amigo mío que, aunque militar, es muy bien educado. Esta presentación le valdrá á U. algunas ventajas.

—Yo no *comprender* que un militar sea mal *elevè*. En la *mia patri* la educación es en la milicia bastante *repandida*.

Una sonrisa fué mi única respuesta.

La presentación se efectuó con el ceremonial de estilo. Encantado el general con el agradable trato de Mr. Planchat, le dió algunas cartas de recomendación para elevados personajes de la capital.

CAPITULO II

ZANCUDOS Y CHINCHES.

En Sonsonate nos alojamos en el hotel de un tal Peter, famoso por varios conceptos.

Cuando apenas había podido conciliar el sueño, entra en mi cuarto Mr. Planchat sofocado y echando ternos.

—*Sacré nom de un diable!* Yo no *poder* dormir: yo *sentir* mucho *cholor*, é *alors* una gran batalla entre el *hotelier* y una *muyer*, è *alors* varios *chevalieros* al rededor de una *tabla* que dicen sin cesar “paro; paro y pinta; por si son; dos adelante y tres atrás; tú tienes ojo de pato; este hombre tiene *potra*; me *trufaron*”, y otras *parolas* que yo no *entender*.

—Tenga paciencia Mr. Planchat.—El calor es bueno algunas veces, y sobre todo no podemos evitarlo en este pueblo: las *batallas* del hotelero con su mujer son tan frecuentes que los pasajeros ya están acostumbrados á ese espectáculo; la música que U. ha escuchado la produce un animalito que llamamos zancudo, y los caballeros que están al rededor de la mesa se ocupan en perder su tiempo y su salud jugando á los dados. Si U. gusta nos iremos á otro hotel, aunque será difícil conseguir alojamiento á esta hora.

—No, *nom cher ami*. Yo solamente suplicarle me

dé su *permisión* para pasar la *velada* en su *chambra*.

—Con mucho gusto Mr. Planchat.

Hice que pasaran una *tijera* á mi cuarto, el que quedaba un poco lejos del bullicio, y Mr. Planchat se acostó bostezando. Trascurió un cuarto de hora y ya creía que mi amigo estaría profundamente dormido, cuando lo veo retorcerse como una culebra y dar unos quejidos tan lastimeros, que me obligaron á levantarme temeroso de que le hubiera dado un ataque de apoplegía.

—Qué es lo que tiene, Mr. Planchat?

—Yo no saber *quel chos* es esta que me *marcha* y me pica en todo mi *corpo*. Yo sentir unas carreras y un olor *etufante*.

—Levántese y veamos Mr. Planchat.

Mi amigo saltó en el acto de la *tijera* y con auxilio de una vela de sebo descubrimos con asombro que estaba cubierto literalmente de chinches.—Unas cuantas corrían por la calva de Mr. Planchat.

—Oh! *premier* la *musique* de la *zancuda* é *olors* las *chinchas*. Yo tener gana de dar una *suflada* en la *figura* á este *cochon* de *hotelier*.

Gracias á la semi-obscuridad de la habitación, no pudo notar Mr. Planchat que yo estaba á punto de reventar de risa.

—Cotinúe teniendo paciencia, le dije, y procuremos arreglarle una cama si U. no prefiere la mía.

—Yo *mandar* á la *diabla* todas las camas de Mr. Peter.

Con algún trabajo pude calmar á Mr. Planchat. Arreglamos, como Dios nos ayudó, un colchón en el suelo: una valija sirvió de almohada, y nuestro galo se acomodó como mejor le fué posible. Cinco minutos después roncaba como un carretero, y la legión de pulgas que se permitió hacerle una visita no le produjo efecto alguno. Mi pobre amigo, en una sola noche, se puso á prueba de bichos.



CAPITULO III

UNA HISTORIA TRISTE.

Al siguiente día, muy temprano, arreglamos nuestros bártulos, pagamos la cuenta del hotel, inclusive el uso de la cama con chinches, y nos dirigimos á la estación del ferrocarril.

Empujando á uno, codeando á otro y reventando unos cuantos callos, pudimos penetrar hasta donde se vendían los tiquetes.

—Dos tiquetes de primera, grité al mozo, y que pesen este equipaje para partir en el primer tren.

Una mirada estúpida del expendedor fué toda la respuesta que obtuve. Grité con más fuerza y entonces se dignó contestarme con la insolencia que acostumbran los criados de gente rica, que el equipaje no podía despacharse porque no se había manifestado el día anterior, y que no partiría hasta el siguiente.

El coraje de Mr. Planchat no conoció límites, y como tuvo la prudencia de manifestarlo en su idioma nativo, el malcriado expendedor no comprendió una palabra, aunque los gestos y ademanes del viajero no dejaban duda de sus nada pacíficas intenciones.

—Yo *tener* muchas *contradicciones* en mi viaje, me dijo: En Panamá tomé pasaje de *premier categorí* en un

bató de la "Pacific Mail" y colocarme sobre el techo. Yo hacer protestaciones al capitán, y como no hablar yo el inglés, el yanke ponerse á reir en mi propia figura y voltearme el derrier. A la fin darme una *chambra* de 2^a, pero no devolverme mi dinero.

—Ese y otros muchos abusos son frecuentes en los vapores americanos: los pasajeros son mal servidos, y si no saben el idioma yanke, la tripulación los trata como á perros; la carga la entregan casi siempre incompleta, y bultos enteros desaparecen sin que valgan reclamaciones

—Yo ser testigo, *bon amí*, de lo que U. dice y no comprender el *motif* que tienen los gobiernos de la *A-mérique Centrale* para ser tan tolerantes. ¿Y quién explota este *chemin de fer*?

—Este ferrocarril tiene una historia bien triste. Pertenecía hace poco al Gobierno, y aunque no lo manejaba bien, lo maneja peor la compañía inglesa á quien fue cedido en condiciones muy onerosas para el país. El abuso de que acabamos de ser víctimas no es el único que U. debe anotar en su cartera de viaje, y voy á referirle otros de que el público se queja. La tarifa para el transporte de carga, encomiendas y animales, no sirve para nada, pues los encargados de cobrar la varían á su antojo, y ha habido vez que se ha exigido la suma de tres pesos por flete de cuatro cajas de licores de esta ciudad al puerto de Acajutla. A las pobres fruterías se les obliga á depositar sus canastas en el carro de víveres, y cuando las van á recoger ya ha desaparecido la mitad de la fruta. Como el camino no está concluido, es preciso tomar la diligencia que parte de Santa Tecla á la primera estación de la Ceiba, y si por desgracia los viajeros no llegan á las ocho de la mañana ó antes, deben estar seguros que su equipaje no partirá con ellos á no ser que paguen dobles ó triples derechos. La carga, valijas ú otros objetos no se entregan sino hasta que á los empleados se les antoja, lo que rara vez hacen con buen modo. De ahí resulta que muchos no pueden tomar la diligencia de la Ceiba á Santa Tecla y que algunos co-

merciantes prefieran conducir sus mercaderías en carretas: esto último no le importa á la Compañía, porque el Gobierno le garantiza el seis por ciento de utilidad neta sobre un capital nominal. Estas y otras irregularidades no han podido remediarse, precisamente porque son ingleses los dueños de la empresa.

Mr. Planchat quedó asombrado de mi relato, y su asombro se convirtió en rabia cuando vio partir el tren dejándonos plantados en la estación.

CAPITULO IV

UN PASEO DIVERTIDO.

—Que *fair* ahora, *mon ami*, me dijo, déme su *aviso* para *sortir* de esta *apuración*.

—Mi opinión, amigo mío, es que regresemos al hotel; partiremos mañana, y para no fastidiarnos saldremos á dar un paseo.

Mr. Planchat siguió mi consejo. Recorrimos toda la ciudad y después dispusimos ir á un pueblecito cercano. Montamos en dos malos machos de alquiler, y llegamos á una población indígena, “de cuyo nombre no quiero acordarme.” Unos hombres que estaban como apostados á la orilla del pueblo y armados de garrotes y machetes, nos mandaron hacer alto.

—*Dámelu el pasaporte*, dijo á Mr. Planchat el que parecía ser el jefe de la patrulla.

Mr. Planchat no comprendió lo que le decían y me interrogó con la mirada. Me aproximé entonces al jefe indígena y le dije que no llevábamos pasaporte porque no lo creíamos necesario.

—Pues *te lu llevamus lus* dos al *cabildu*.

Los indígenas nos obligaron á abandonar nuestras cabalgaduras, y nos condujeron á pie al cabildo del pueblo.

Mr. Plachat y yo entramos á la sala de despacho donde se encontraba el señor alcalde y su secretario, y á estos ilustres personajes se dirigió el jefe de la patrulla á dar parte de nuestra captura.

Rebosando de indignación manifesté al señor alcalde que consideraba indebido nuestro arresto, y que si no se nos ponía inmediatamente en libertad, entablaría mi queja ante la autoridad correspondiente.

—Y yo entablar una reclamación *diplomatique*, dijo Mr. Plachat.

—*Contestáyu vos*, dijo el alcalde al secretario.

—Por qué transitan ustedes sin pasaporte?, nos preguntó el tinterillo.

—El pasaporte se necesita, contesté, cuando se ha declarado el estado de sitio.

—Pues el estado de sitio se acaba de declarar, y así lo ha comunicado por telégrafo el gobernador del departamento, con la orden de ponerlo inmediatamente en vigor.

—Pero nosotros no lo sabíamos, ni podíamos saberlo.

El secretario se encogió de hombros como diciéndonos que poco le importaba nuestra ignorancia, y el alcalde entonces dio orden para que nos condujeran á la cárcel mientras disponía de nuestra suerte. Ítem, nos impuso cinco pesos de multa por haber entrado con espuelas á la sala del cabildo.

Jamás olvidaré la desesperación de Mr. Plachat. Rendido de cansancio, se sentó ó más bien se acostó, sobre el *trozo* (instrumento de tortura muy común en los pueblos de la República) y comenzó á sobarse la calva. La dureza del madero lo obligó á cambiar de posición, y al hacer el movimiento preciso, se le cayeron unos papeles del bolsillo, entre los cuales reconocí las cartas de recomendación que le habían dado en Acajutla. Al verlas proferí una exclamación de júbilo.

—No *comprender* el *motif* de su *contentamiento*, me

2 Mayo.

dijo Mr. Planchat en tono de reconvención.—Ud. *ser partisano* de la *plesantería*?

—No me burlo, amigo mío, y mi regocijo está justificado. Esas cartas son nuestra salvación y déjeme U. obrar.

En ese momento pasaba el secretario frente á la reja de nuestra cárcel, y le supliqué que me escuchara.

—Sr. secretario, le dije, mi compañero de prisión es persona de mucha importancia, y en prueba de ello lea U. estas cartas que, como U. notará, van dirigidas al Presidente de la República y á varios de sus ministros. La prisión de mi amigo, injusta á todas luces, puede traer para U. fatales consecuencias, y conveniente me parece, siquiera por su propio interés, que cuanto antes se nos ponga en libertad.

Al mismo tiempo que le entregaba las cartas, saqué un billete de banco que deslicé entre las manos del tinterillo. Este leyó con mucha atención los papeles, después de haberse embolsado con disimulo el billete, y un momento después estábamos libres.

Supliqué al alcalde que nos devolviera las bestias, y noté que se hacía el disimulado. Mi inquietud subió de punto cuando me convencí que los machos ya no estaban amarrados en el *poste* y pregunté á un indio si sabía á donde los habían llevado.

—Yo *lu vide* que un *melitar* con su escolta los *desamarrarun* y se *montarun* en ellos.

La noticia fué confirmada por el alcalde, quien me manifestó que un oficial con una fuerza había llegado al pueblo, le había ordenado le entregase las bestias porque quería llegar á tiempo á Acajutla para coger á Antonio Ezeta.

Buscamos bestias de alquiler, pero nos fué imposible conseguirlas, y no tuvimos otro recurso que regresar á pie, llevando en las manos nuestras espuelas, únicos objetos que pudimos salvar de la catástrofe.

En el camino alcanzamos á un indio que guiaba una carreta cargada de zacate. Mediante un peso de gra-

tificación, el indio consintió que montáramos en su pesado vehículo. Mr. Planchat dejó caer su pesada mole en el montón de zacate, y cada vez que la carreta daba brinco en el desigual camino, salían de la garganta de nuestro viajero unos bufidos que no hubieran desdeñado los bueyes que nos arrastraban.

Llegamos al fin medio molidos, ya muy entrada la noche, y en el acto nos dirigimos á la comandancia para ver si era posible recobrar los machos alquilados. El oficial que los había sustraído, á pesar de su valentía, había juzgado prudente quedarse en Sonsonate, y no tuvimos dificultad en que nos fueran devueltos.

Las fuertes emociones de ese día, y más que todo, el cansancio material, proporcionaron á Mr. Planchat un sueño tranquilo, y las chinches hicieron su agosto sin ser molestadas.

Al siguiente día estábamos en San Salvador, no sin haber experimentado en el camino el mal servicio del ferrocarril.

Dejé á Mr. Planchat instalado en el hotel, prometiéndole mis servicios y que muy pronto tendría el gusto de hacerle una visita.

BANCO SALVADOREÑO

ESTABLECIDO EN 1885.

Capital autorizado	\$6.000,000
Capital llamado . . .	2.520,000
Capital suscrito . . .	4.200,000
Fondo de reserva . . .	506,300

Tipo actual del descuento..... 10 %
Abona por depósitos á la vista y en cuenta
corriente..... 1 % anual.

OFICINA CENTRAL: EN SAN SALVADOR.

SUCURSALES: En Santa Ana y San Miguel. Agencias: en las principales poblaciones del Estado. Compra y vende letras sobre el exterior y efectúa toda clase de operaciones bancarias.

Por el Banco Salvadoreño,

C. VELADO, ADMINISTRADOR.

Hôtel del Comercio

SITUADO EN EL LUGAR MÁS CÉNTRICO DE LA CAPITAL,

Esquina sureste del Parque Bolívar.



{ Coches á la hora de todos los trenes.
Abonos por mes de \$40 á 60 pesos.

Luis Broncy.

Unico restaurante á la carta en San Salvador. Cocina francesa, americana, española é inglesa. Esmero en el servicio. Aseo y elegancia en la cantina y comedores.

Se hace cargo del arreglo y servicio de banquetes.

Un buen Hotel

POR QUÉ goza el **Hotel Continental** de tan buen concepto en su clientela?

Porque el esmerado servicio de que allí disfrutaban los pasajeros es inmejorable.

Porque el aseo y las buenas condiciones de higiene son atendidas allí de preferencia.

Porque la mesa del **Hotel Continental** ofrece al más delicado gastrónomo los manjares más sustanciosos y exquisitos.

Porque los precios son racionales.

Porque la cantina está surtida con los vinos y licores más finos, importados directamente por su propietario,

Blas Cantisano.

San Salvador, esquina del Cuartel de Artillería y Guardia de Honor.

GRAN FOTOGRAFIA INSTANTANEA

10ª Avenida Norte

A media cuadra al Norte de donde antes estuvo establecido.

San Salvador, C. A.

Casa que goza de mucho crédito dentro y fuera de la capital.

Retratos de todas Clases y Tamaños.

El taller está montado con indispensables condiciones para el buen resultado de los trabajos, no afectando en nada los días nublados para tomarse fotografías.

SE USAN LOS ULTIMOS PROCEDIMIENTOS

Manuel D. Chávez.



PARTE SEGUNDA

Mr. Planchat en San Salvador

1 Un poco de Economía Política. — 2 Inconvenientes de las mangas de pierna. — 3 Cuadros vivos. — 4 De cómo la comunicación pedestre es más veloz que la eléctrica. Utilidad de los postes anuncios. — 5 De cómo un pico de loro puede causar la muerte. — 6 De cómo y por qué Mr. Planchat fué demandado. — 7 Las caentas del Gran Capitán. — 8 Una visita al sabio Salomón. — 9 ¡Adiós! Mr. Planchat.



CAPITULO I

UN POCO DE ECONOMÍA POLÍTICA.

Mr. Planchat vino un día á visitarme.

—Yo *tener* mucho *contentamiento* de verle señor doctor.

Y yo de estrechar su mano, amigo mío. Espero que estará contento de haber conocido nuestra modesta capital.

—No tanto como podría *desirar*. La *tabla* del hotel es *mucho mala*, y el vino ordinario *mucho caro*. Yo no comprendo por qué una botella de vino que se *acheta* por un franco, se venda aquí á tres y cuatro *colones*.

—Colones querrá decir, Mr. Planchat.

—*Es como eso*, colones.

—La explicación es muy sencilla, querido amigo. Aquí no hay viñedos y nos vemos obligados á comprar el vino en Francia, España, Inglaterra y San Francisco California. El valor del transporte es caro, los derechos de aduana elevadísimos, el saqueo en los vapores y depósitos fiscales muy frecuente; y si á eso agrega U. que el comerciante quiere ganar un cincuenta por ciento y el hotelero á quien le vende otros cincuenta, tendrá U. descifrado el enigma. El valor exorbitante de ese artículo lo pone fuera del alcance del pueblo, y los comerciantes sin conciencia, para darlo más barato, confeccionan en

su casa un licor parecido, que es más dañino que el *guaro* que vende el Gobierno.

—Usted me dice dos cosas que yo no *comprender*.

—¿Cuáles Mr. Planchat.

—Usted me *aprende* que no hay viñedos en la *Republique*, y que la importación del vino tiene *fortes* derechos. Yo entendía que un país que no produce un artículo que le es necesario ó conveniente, debía facilitar su *arribo*.

—Pues entre nosotros es al revés, y aunque la justa observación que U. hace la ha repetido y repite todo el mundo, las cosas continúan del mismo modo sin esperanza de enmienda. Nuestros hacendistas, por el contrario, cuando las arcas públicas están exhaustas, decretan un aumento en los derechos de aduana; como único medio de salir de apuros.

—Pero con semejante sistema, que puedo llamar *primitif*, las entradas disminuyen, los artículos de *prima* necesidad encarecen, el pobre no puede *achetar* aun lo más indispensable, el contrabando aumenta y el soborno de los empleados fiscales toma proporciones *afligean-tes*.

—¿Qué quiere U., amigo mío? Así andamos y así seguiremos hasta topar en algo que nos detenga, si no caemos en un abismo. Nada hacemos para mejorar nuestro régimen fiscal y nos dejamos arrastrar por la corriente sin saber á dónde vamos. ¿Necesita el Gobierno unos cuantos millones para pagar algo de lo que debe? aumenta los derechos de importación. ¿Necesita construir un palacio, un puente, un camino de hierro?, los vuelve á aumentar y grava además los artículos de exportación. Tal vez el Gobierno no paga ni construye el palacio, ni hace el puente, ni abre el camino porque los fondos se han empleado en otros objetos; pero eso no impide que los impuestos se continúen cobrando. Cada cuatro años tenemos, por lo menos, una revolución; y como la plata no está sobrante en las arcas públicas, ocu-

rrimos al medio expedito de los empréstitos *voluntarios* que se hacen efectivos por medio de las amenazas, la cárcel y el tormento. Concluido el bochinche, y gane ó pierda el personal del Gobierno que se quería *tumbar*, la República se constituye deudora de unos cuantos millones por las exacciones violentas de uno y otro bando, empréstitos, armamento etc.; millones que se pagan en papel y en papel se quedan, porque las rentas no bastan para cubrirlos.

—Eso es *estupefante*, señor doctor.

—Recuerdo, Mr. Planchat, que había otra cosa que no comprendía.

—Usted me habló del *guaro* y yo quisiera *aprender* que cosa es.

—*Guaro* llaman aquí al aguardiente monopolizado, que se vende en los estancos autorizados por el Gobierno, y que constituye el principal elemento corruptor del pueblo. Como los bebedores no pueden alimentar su vicio con licores importados, pues para evitar toda competencia tienen elevadísimos derechos, se emborrachan con *guaro*, que los embrutece y envenena más pronto que cualquiera otro licor.

—Resultado de los monopolios, me dijo Mr. Planchat.—A mi me cobraron en el hotel seis reales por una copa de coñac, que por cierto no es de la mejor.

—Y lo peor es que, interesado como está el Gobierno en aumentar la renta que le produce el aguardiente, las autoridades locales se muestran flojas para evitar la borrachera. El viajero que pasa por un pueblo en cualquier día de la semana, y principalmente en los festivos, observa con tristeza que en el camino público, en las calles, en los puestos autorizados para la venta y aun en las casas particulares, hay grupos de gente que se emborracha hasta perder el conocimiento. Gritos escandalosos, palabras que ofenden el pudor, riñas, heridas y muertes, son el resultado forzoso de esa tolerancia inexplicable: el jornalero, el artesano, el industrial, gastan en la taberna, en un sólo día, sus ahorros, quedando en la im-

potencia para el trabajo futuro; y como el vicio los arrastra con fuerza irresistible y no tienen medios para alimentarlo, se hacen ladrones y asesinos. El mal ejemplo cunde, los ebrios de profesión se multiplican en todas las esferas sociales, y ahí tiene U. cómo, por percibir al año una renta cada vez más considerable, el pueblo se está corrompiendo y la agricultura no encuentra brazos.

—Es *afligente* el cuadro que U. me pinta, señor doctor, y espero que la *maladía* tenga remedio; pero como ni U. ni yo podemos aplicarlo, si le parece dejemos de hablar de cosas tristes y vamos á dar una *promenada* por el parque.

—Vamos donde U. guste, amigo mío: espero que hoy no nos sucederá otro percance como el de marras.

CAPITULO II

INCONVENIENTES DE LAS MANGAS DE PIERNA.

El Parque Bolívar estaba concurridísimo y la banda del maestro Drews tocaba un precioso wals. Habíamos dado dos vueltas al perímetro de nuestro pequeño paseo, cuando nos vimos envueltos en un verdadero remolino de gente. Por desgracia, el bastón de Mr. Planchat, que lo llevaba debajo del brazo y un poco inclinado hacia adelante, trabó su punta herrada en la manga de *pierna* de una señorita de las más encopetadas de San Salvador, causando una rotura horrorosa á la gran bolsa de seda: la ofendida profirió un grito asegurando que la habían pinchado; acude la policía, la gente se agolpa, algunos gritan ¡al asesino!, los chiquillos lloran, y la guardia del cuartel de enfrente alista las armas creyendo que se trataba de una revolución. Comprendiendo el peligro que Mr. Planchat y yo corríamos, lo tiré fuertemente del vestido, y aprovechando la confusión, fuimos á refugiarnos al extremo opuesto. Pocos momentos después pasaron frente á nosotros cinco policiales dando sendos garrotazos á un infeliz que conducían preso sin oponer resistencia.

—Por qué maltratan á ese hombre? me preguntó Mr. Planchat.

—Lo ignoro, amigo mío. La policía acostumbra tratar de ese modo á los que caen en sus garras.

Preguntamos, y con asombro supimos, que al que sufría los garrotazos se le atribuía el atentado, causa de tanto alboroto. El que nos comunicó la noticia aseguró constarle de vista que el criminal había dado una puñalada á la señorita de las mangas de pierna, y que se encontraba tan grave que se temía por su vida.

Mr. Plachat se puso lívido, convulsivo temblor agitó su cuerpo, dejóse caer en la banqueta que al lado tenía y limpiándose con el pañuelo el copioso sudor que por la calva le corría, me dijo:

—Qué desgracia, doctor, qué desgracia! Yo no *te-ner chanza* en su *patri* y temo que algo más grave me *arrive*. ¿Pero como se les ocurre á estas *madames* usar mangas que ocupan un metro de la calle y su cintura apenas alcanza á cinco centímetros de diámetro?

—Exigencias de la moda, Mr. Plachat. Las niñas de mi tierra prefieren destrozarse el hígado y el bazo para aparentar que tienen cintura de abeja, que para ellas es el bello ideal de la elegancia, importándoles poco reventar el día que sean madres. En cambio, emplean mil supercherías para hacer creer que tienen mucha carne en puntos que no hay necesidad de decir.

—Pero ese hombre que han preso y maltratado de un modo horrible, es inocente.

—Ya lo sé, pero no es el primero ni será el último en mi pueblo, que pague “justos por pecadores”, en cambio de mil criminales que se quedan impunes, sobre todo si tienen dinero.

—Y si fuera verdad que esa señorita de *las mangas* está gravemente herida ¿qué sería de mí, Dios mío?

—No lo crea Mr. Plachat; esta gente es muy novelera. Ya verá U. que todo se reduce á una rotura insignificante, y estoy seguro que el sujeto que lo ha asustado con ese cuento, está á estas horas asegurando que la niña se ha muerto, y que tiene diez puñaladas en la espalda y cuatro en el vientre.

Mis reflexiones calmaron á Mr. Planchat y continuamos nuestro paseo.

Un grupo de muchachas de la vida alegre pasó cerca de nosotros.

—Y esas *niñas* que van allí vestidas de seda, con chales de vivos colores, que miran á todos lados, que se menean de un modo especial y que despiden un *aroma* para mí desconocido, ¿á qué clase social pertenecen?

—Esas *niñas*, Mr. Planchat, pertenecen á una clase á quien le aconsejo trate lo menos posible, si no quiere tener cuentas con el médico y el boticario. Observe que tras esas *horizontales* y casi con ellas confundidos, van unos jovencitos con el cigarrillo en la boca, una flor en el ojal del saco, haciendo molinete con el bastón y *charlando* de política y amores. Tales mequetrefes salen de todas las clases sociales, y algunos son estudiantillos que comienzan sus estudios: se encuentran por bandadas en los paseos, en el teatro, en las cantinas, y especialmente en las esquinas próximas á los colegios y escuelas de señoritas, para ver pasar á las alumnas, *hacerles ojitos*, enseñarles una flor ó dirigirles una frase amorosa. Estos verdaderos vagos de levita, estos Tenorios en miniatura, pretenden ser la esperanza de la patria y están bien persuadidos de su alta importancia.

CAPITULO III

CUADROS VIVOS,

La música concluía en ese momento y propuse á Mr. Planchat llevarlo á cierta parte, muy frecuentada por la alta sociedad.

Nos dirigimos allá, ocupamos una mesa que estaba en un rincón, y pedimos dos botellas de cerveza.

Comenzábamos á saborear el espumoso líquido, cuando entró un viejito, como de sesenta y cinco años, un poco ancho de espaldas, blanco el cutis, carrillos hundidos, rojos y salientes los pómulos, ojos pequeñitos, vientre abultado, flacas pantorrillas, vestido gris perla con rayas amarillas y manchado de grasa. Sin quitarse el sombrero dirigióse el viejo á una mesa donde estaban varios caballeros.

—Huuún! . . . buenas noches señores . . . huuún! . . . ¿echamos un chilito? . . . yo juego hasta de á mil pesos el tiro . . . huuún!

—Es U. muy *derecho*, don Simplicio, y le tenemos miedo, contestóle uno. ¿Toma U. algo?

—Huuún: . . . tomaré una copa de coñac, una botella de apollinaris, un puro habano, una caja de fósforos y un papel para limpiar los anteojos . . . huuún!

—¿Y cómo andan los negocios, don Simplicio?

—Huuún!...yo no hago negocios porque no tengo *pisto*. ...huuún!

—Ayer nos dijeron que U. había dado al Gobierno trescientos mil pesos en plata, con treinta por ciento de prima y al diez y ocho por ciento de interés, recibiendo U. en garantía ciertos papeles contra el Estado.

—Una bicoca.... huuún á la salud de ustedes Hice ese negocito.... huuún para prestar un servicio al Gobierno actual de quien soy amigo..... huuún!

—Pero U. fué también amigo y partidario acérrimo del Gobierno que derribó el actual.

—Huuún!....huuún!....¡Muchacho, dame otra copa!

Don Simplicio se olvidó de ofrecer algo á los otros caballeros, de pagar la segunda copa y de contestar la indirecta.

¿Quién es ese hombre que gruñe como un tigre hambriento?, me preguntó Mr. Planchat.

—Ya ha oído U. que se llama don Simplicio.

—Me parece un judío.

—Talvez, pero no de los descendientes de Abraham, Isaac y Jacob, pues nació en esta tierra y de humilde cuna.

—¿Produce judíos esta tierra?

—Algunos y quizá peores que los verdaderos.

—Y en qué se ocupa ese señor don Simplicio?

—¿Cómo en qué se ocupa? en manejar sus millones, en dar dinero al Gobierno, en *echar chilitos*, en aumentar cada año el valor de los arrendamientos de sus numerosas propiedades urbanas, en cosechar por miles los quintales de café y en vender personalmente, por reales y medios, la leche que le llega de sus haciendas de ganado.

—Que hombre tan original! Y ese *grós* que juega ajedrez en aquella mesa de enfrente?

—Es don Sinforoso, gran capitalista, agiotista y

3 Junio.

banquero, de quien no se conoce una sola acción generosa. Tiene gran fama de *vivo* en sus negocios y los ha hecho muy buenos con todos los Gobiernos. Muchos lo respetan y alhagan por interés, pero nadie lo quiere. Para don Sinforoso, el valor de una persona está en razón directa del capital de que dispone, aunque sea un burro, y los hombres de talento, pero sin blanca en el bolsillo, no valen un comino.

—Ese *gordiflón* que á cada momento aspira con fuerza como si en las narices tuviera un tapón de corcho, que ríe estrepitosamente con un jé! jé! desagradable, y que á todo lo que dice le pone de estribillo “la cosa es que . . .”; me parece un buen hombre.

—Este, Mr. Planchat, le contesté en voz muy baja, es un tipo que no tiene segundo en San Salvador, y se llama Procopio Vásquez Bonilla Zelaya Iglesias Barrios y Mojica.

—Muchos apellidos me parecen para un solo hombre.

—Son provisionales, Mr. Planchat, pues los aumenta, cambia ó disminuye, cada dos ó tres años. Observe U. ahora que nuestro hombre se levanta y se acerca á aquel grupo de caballeros, á quienes saluda con una chanzoneta de mal gusto. Lleva dos objetos: que le obsequien una copa que jamás corresponde, y el de averiguar si alguno de ellos habla contra el Gobierno. La más ligera crítica contra altos personajes oficiales; la más pequeña alusión que en broma ó en serio se aventure en la plática, la recoge con cuidado y en el acto la refiere á quien tiene interés en saberla, corregida, aumentada y comentada. Este tipo es amigo incondicional de todo Gobierno, y en todas las administraciones ha sabido atrapar empleos, que jamás ha desempeñado bien porque es suficientemente bruto para el caso. Jamás falta de la casa presidencial prestando pequeños servicios domésticos, y refiriendo los chismes que ha recogido aquí y allá. ¿Va el Presidente á practicar una visita á los departamentos, á concurrir á un banquete ó á presidir una ceremonia oficial? don Procopio lo sigue como el perro al a-

mo, lo mima, lo atiende y no se aparta de su lado. Si por una casualidad no ha podido acompañarlo en sus excursiones fuera de la capital, lo sigue con el pensamiento, sabe á punto fijo la hora de su llegada, en qué población se encuentra, los festejos que ha recibido, las medidas que ha tomado, los discursos que ha pronunciado, el día de su regreso, y la hora exacta en que va á tomar el tren para ir á encontrarlo. Don Procopio forma parte obligada de todas las comisiones que se nombran para recibir en los puertos á los ministros diplomáticos, les busca alojamiento, los instala, contrata la comida y la bebida, y los acompaña á visitar lo poco que aquí hay digno de verse. Don Procopio se ha hecho rico, Dios sabe cómo; pero cuando pierde algunas copas al billar ó al dominó, discute una hora con el mozo porque cree que le cobra demás, hace cien veces la cuenta y grita y vocifera como un energúmeno por una copa que ha bebido un sujeto que no tomaba parte en el juego. Si lo que ha perdido es una comida [cosa que rarísimas veces le sucede] retarda el pago de la cuenta el mayor tiempo posible, y cuando de mala gana se decide á pagar pretende que era menor el número de cubiertos, que tales y cuales botellas de vino debe pagarlas don Fulano porque él las pidió, y que no paga el pus-café porque las copas quedaron llenas en la mesa. Y cosa rara! la tacañería de don Procopio se convierte en prodigalidad en casos extraordinarios y cuando su interés lo demanda, por ejemplo, si se trata de un personaje influyente cuyo apoyo le es necesario. Entonces don Procopio le obsequia copas y se disgusta cuando el otro quiere pagar las siguientes que se han pedido; de vez en cuando lo invita á almorzar y no se cansa de decirle que es un grande hombre, muy necesario en el Gobierno y que sin su valioso concurso y sabios consejos, las cosas públicas andarían muy mal. Si el obsequiado es sencillo y crédulo ó un papanatas, se hace lenguas de don Procopio, lo defiende en todas partes, lo sostiene en las regiones oficiales, y se encoleriza cuando á su protegido le manifiestan desprecio ó desvío los que

á fondo lo conocen. Don Procopio es un agiotista consumado: con su influencia propia ó extraña, se hace pagar á la par los papeles del Estado que ha adquirido á bajo precio. Sabe, con ocho días de anticipación, que el Gobierno va á dictar tal ó cual medida que los hará subir ó bajar de valor, y en el acto toma sus precauciones para sacar el mayor partido posible de las brillantes y cada vez más frecuentes lucubraciones de nuestros profundos hacendistas. Ese es, Mr. Plachat, el que U. creía un buen hombre.

—Pues la facha no me parecía mala, aunque su ángulo facial revela un hombre de poco *esprit*.

—No se fíe U. de fachas, Mr. Plachat—Aquí, como en otros lugares, se encuentran verdaderos bribones vestidos de levita, y con tal que tengan dinero son recibidos y considerados en todas partes. Y vámonos en el acto de aquí, amigo mío, pues noto que don Procopio nos mira con recelo, y si ha escuchado algo de nuestra conversación, lo que es muy probable porque tiene grandes orejas, corremos peligro, yo de ir á la cárcel y U. de ser expulsado como extranjero pernicioso.

—Bien, señor Doctor, y ya que estamos cerca del *buro telegrafique*, yo le ruego me acompañe á poner un parte.

—Tendrá que pagar doble porque es de noche.

—No importa, el parte es urgente y no puedo diferirlo para mañana.

CAPITULO IV

DE CÓMO LA COMUNICACIÓN PEDESTRE ES MÁS VELOZ QUE LA ELÉCTRICA.—UTILIDAD DE LOS POSTES-ANUNCIOS.

Mr. Planchat escribió el parte y nos dirigimos á la telegrafía.

—Este parte no se puede transmitir porque no tiene los timbres, nos dijo el empleado. (1)

—Pues véndamelos U.

—No hay aquí de venta.

—Y quien tiene?

—Talvez “Las Tres Bolas”

—Quienes son esas *bolas*?, me dijo Mr. Planchat,— Yo no sabía que aquí las mujeres que se ponen *grises* son las encargadas de vender los timbres *telegraficos*.

—“Las Tres Bolas”, Mr. Planchat, es una casa de préstamos que lleva ese nombre. A esta hora debe estar cerrada, y lo mejor es que U. desista de poner el parte y que escriba por correo.

—Los correos de aquí caminan más de prisa que la electricidad?

(1) El sistema está á la fecha abandonado.

—No, Mr. Planchat, pero ya ha habido casos que lleguen más pronto.

—Eso es *incroyable*.

—Supongamos que por una casualidad encuentre U. timbres esta noche y goma con que pegarlos (pues aquí no la hay ó no la dan), que por otra casualidad transmitan su parte dentro de tres ó cuatro horas; que por dicha suya el telegrafista receptor no esté dormido, y que empleando la mayor actividad que aquí acostumbran los empleados, lo entregue á las diez de la mañana; á pesar, digo, de que su buena suerte haga que ese conjunto de felices circunstancias se reúnan, no tendrá U. la respuesta ni mañana ni pasado, porque en los pueblos no hay timbres y es preciso venirlos á comprar á esta ciudad. Si U. se empeña en que *precisamente* le contesten por telégrafo, mande U. los timbres por correo.

Mr. Planchat se quedó con la boca abierta, no sabiendo si yo hablaba en broma ó en serio, tomó tranquilamente su bastón y, cabizbajos, salimos de la oficina.

Nos dirigíamos á nuestra casa departiendo sobre el servicio telegráfico y telefónico y habríamos caminado como veinte varas, cuando se apagó la luz eléctrica y quedamos envueltos en la más completa oscuridad. Mr. Planchat, algo nervioso y contrariado por lo que acababa de sucederle, caminaba muy deprisa y no vio que se aproximaba á cierto objeto que obstruía el paso de la acera, y al cruzar la esquina dio tan tremendo cabezazo en la idem del tablero de un poste-aviso, (obsequio del amigo Arciniegas), que muchos de los caballeros que en el Casino había salieron asustados á la calle gritando: ¡tiembla! ¡tiembla! Realmente temblaba, pero no la tierra sino el susodicho tablero, que bien clavado estaría pues no se desprendió de su sitio. [1] Mi amigo dio un paso atrás profiriendo un horrible juramento, llevóse la mano á la calva, y al verla llena de sangre fué tan grande su

[1] Por fortuna esos tableros ya no existen.

furor, que imitando á don Quijote en la aventura de los molinos de viento, arremetió al poste con tal ímpetu que hizo astillas el bastón.

—El *futú* que ha colocado estos armatostes merece una buena *fuetada*. ¿Creerá el muy que todos somos enanos?

—Tenga paciencia Mr. Planchat, y sírvale de consuelo que U. no es el primero que se rompe la crisma en estos armatostes, como U. los llama.

—*Es como eso*, mal de muchos consuelo de *pendejos*, como ustedes dicen.

—No se dice de pendejos sino de tontos, Mr. Planchat, y como U. no tiene pelo de tal, deje el poste tranquilo y sigamos nuestro camino, si es que podemos.

—Noto que le agrada á U. mucho *plesantear* conmigo y aconsejarme la paciencia, como si fuera posible tenerla con las cosas que aquí me suceden. Déjese de *drolerías* y *apórteme* á la primera *farmacia* para que me curen este chinchón que me ha *sortido* en la *teta*.

—No confunda U. la *teta* con la cabeza, amigo mío, si no quiere que se burlen de U.

—Vaya U. á la *diabla* y no me esté f. con sus correcciones.

Mr. Planchat, cuando está enojado, comete más galicismos que de ordinario, y es más *expresivo* en su lenguaje.

Andando á tientas, tropezando aquí y cayendo allá, gracias á la empresa del tranvía urbano que ha dejado las calles de San Salvador tan planas como el barranco de la Zurita, nos dirigimos á la botica del Dr. Palomo: en la esquina de la plaza de armas *topamos* con cinco policiales que nos cerraron el paso, y comenzaron á hacer en nosotros un registro escrupuloso.

—Que significa esto y por qué me están *tuchando*?, me dijo Mr. Planchat.

—Lo ignoro, amigo mío, talvez nos toman por ladrones.

Convencidos los policiales de que no llevába-

mos armas, cesaron en sus tocamientos, pero nos dijeron que no podíamos pasar adelante.

—¿Y por qué?, pregunté al policial que nos hizo la intimidación.

—Porque se ha perdido el Presidente.

—Apuntaré en mi cartera de viaje, dijo Mr. Planchat, que en San Salvador, cuando se *egara* el Presidente, *tuchan* los policiales y no permiten *traversar* las calles. ¿Y se *egara* con frecuencia el Presidente de esta *Republique*, señor doctor? Cuando U. sepa alguna *perdición* de esta clase, le suplico me la *aprenda* para no *sortir* de mi *chambra*.

Hacía señales á Mr. Planchat para que se callara, pero fué inútil. Apenas mi pobre amigo había pronunciado tan imprudentes palabras, fué cogido del cogote por uno de los policiales, otro lo agarró de los fondillos y un tercero le puso una argolla de hierro en la muñeca. Quise interceder á su favor, y lo único que á duras penas pude conseguir fué que se me permitiera acompañarlo á la Dirección de policía.

En la oficina del Director había gran número de personas arrestadas, unas porque el Presidente se había perdido, otras porque no daban razón de su paradero, y las restantes por diferentes motivos.

Cuando entramos comenzaba el interrogatorio de un extranjero, de apellido Chabla, á quien se le habían quitado unas bestias que venía á vender á la capital, y que estaban á la sazón amarradas en el patio.

—Esas bestias que U. trajo en el último tren de Santa Tecla, deben ser las que le robaron á don Tranquilino Cerros, dijo el Director.

—Señor, esas bestias son mías, y aquí traigo los comprobantes.

—Y yo tengo el telegrama de don Tranquilino en que me dice que de su finca han desaparecido cuatro machos, y supone que el ladrón se ha dirigido para acá.

—Pero señor, los animales que me han quitado no son machos sino mulas. Allí están amarradas, y suplico

al señor Director que, si de ello quiere convencerse, pase su vista ó su mano por.

—Yo estoy sumamente ocupado para emplear mi tiempo en esas menudencias. Mañana nombraremos dos peritos para que digan si esos machos son mulas, y mientras tanto retírese U. á su prisión.

El señor Chabla se retiró custodiado por un policial, y Mr. Planchat me dijo al oído:

—A ese señor, jefe de la *policia*, parece que le falta mucho de aquello que le sobraba á Salomón.

El Director se dirigió á otro de los detenidos.

—Ha visto U. esta noche al señor Presidente?

—No he tenido esa honra, señor Director, aunque sí he visto que su mula ensillada llegaba sola á la casa presidencial.

—Eso ya lo sabíamos, pero como en ella salió montado el señor Presidente, habiendo U. visto la mula debe saber de donde venía.

—No veo clara la razón.

—Pues yo sí veo claro que U. debe ser uno de los principales autores del terrible complot que se ha tramado contra el jefe de la nación. Tengo medios muy eficaces para obligarlo á decir la verdad, y mientras el señor Presidente no aparezca.

Y para confirmar lo que el ilustre Salomón decía, llegaron á nuestros oídos ¡ayes! tan desgarradores, que Mr. Planchat dio un brinco y me asió convulsivamente la mano, como invitándome á que fuéramos á socorrer al desgraciado que tan lastimosamente se quejaba.

—Quietos!, amigo mío, ¡cuidado con una imprudencia!

—Pero que es eso, señor doctor?

—Eso.eso.es que están aplicando una medicina un poco repugnante y que se llama "*cepo de gato*" á algún individuo que ha perdido la memoria.

—Yo no sabía que el *sebo* de ese animal era bueno para esa *maladía* y lo apuntaré en mi cartera para cuando se me ofrezca.

No tuve tiempo de advertir á Mr. Planchat que había confundido el *cepo* con el sebo, porque en ese momento los gritos continuaron más penetrantes.

—Señor de las Esquipulas! San Antonio del Monte! Bájenme por amor de Dios que ya voy á decir la verdad!

—Pues díla pronto, porque si no, te colgamos más armas en los pies.

—Si....si....es verdad....ay! ay! ay!.... que yo vi al señor Presidente que entraba á una casa, y que unos hombres que lo seguían entraron también.... ay! aay aay!....y le dieron varias puñaladas....ay! aay! aay!....y dijeron que esta noche se tomaban los cuarteles....ay! ay! ay! santa Virgen de Lourdes!

—¿Qué casa es esa?—pronto! pronto!

—La casa de *ña Chepa*, frente á la del indio *Chente*.

—Bájenlo!, dijo una voz, y que inmediatamente salgan cincuenta hombres á registrar esa casa y que se traigan presos á todos los que viven en la manzana.

—Parece que el enfermo ya recobró la memoria, me dijo Mr. Planchat.

—Ya ve U., amigo mío, que el remedio es más eficaz que el suero antidiftérico y que las píldoras rosadas.

La fuerza estaba lista para salir, llena de bélico ardor, cuando entró sofocado un ayudante.

—El señor Presidente, dijo al Director, acaba de saber con desagrado la *bola* que ha corrido esta noche sobre su desaparición, y le ordena á U. que ponga inmediatamente en libertad á los que por esa causa ha detenido la policía.

—Cómo!—el señor Presidente está vivo?

—Sí señor, vivo, sin faltarle un pelo de la cabeza, pero más furioso que el demonio por la *bullá que han metido*, y quejándose porque no puede *darse la más ligera escurrida* fuera de su casa, para asuntos que á nadie importan, sin que se arme un escándalo. El caso es que él llegó á una casa, amarraron mal la mula que mon-

taba, la que se soltó con facilidad, y como quizá el animalito tenía un poco de hambre, se acordó que su pesebre estaba repleto de sabroso pasto, y sin consultar á nadie ni preguntar el camino, llega muy fresco y muy serio á la caballeriza, importándole un bledo que su amo se viniera *por sus pies*, como dicen los muchachos.

La sorna del oficial no dejó de mortificar á nuestro Salomón, pero no tuvo más remedio que obedecer, y mandó que se pusieran en libertad á los presos, inclusive al que había visto asesinar al señor Presidente.

El infeliz apenas podía andar y tenía casi cortados los dedos pulgares. Mr. Planchat, que observó la señal de las ligaduras, me preguntó si el sebo de gato era preciso aplicarlo en las falanges para que hiciese efecto; mas yo me guardé muy bien de contestar pregunta tan indiscreta, reservándome para explicarle después que para aplicar la medicina no es necesario médico ni ungüento, bastando un pedazo de pita de cáñamo ó de cualquiera otro textil, un lazo fuerte que pueda resistir el peso de un hombre, de cinco ó seis rifles, y de una viga ó de un árbol que no se rompan con el peso del hombre, del lazo y de los rifles.

Poco á poco el salón fué desocupándose y por último nos quedamos solos el Director, Mr. Planchat y yo.

—Y ustedes que hacen ahí?, nos dijo el Salomón salvadoreño.

—Señor, me apresuré á contestar, mi amigo Mr. Planchat, á quien tengo el honor de presentar á U., (Mr. Planchat se inclinó profundamente y el Director quedó más tieso que una estaca), ha sido conducido aquí por tres policiales después de haberle registrado el vestido, y sin que hubiese cometido falta alguna, y desea saber el motivo de un procedimiento tan... extraño.

—Sí, señor, me lo *tucharon todo*, se apresuró á decir Mr. Planchat.

—Estos extranjeros, exclamó el Director, siempre se quejan y son más pícaros que el demonio. Si en mi

mano estuvieran les cortaría á todos las narices, aunque después me *afusilaran*.

—A ver! gritó, ¿quién trajo á este mister *Pláncha*?

—Planchat, señor Director.

—*Pláncha* y *Planchá* son la misma cosa.

Comprendí que nuestro Salomón quería desahogar su cólera en mi pobre amigo, y como veía que éste comenzaba á sulfurarse, continué recomendándole que tuviera paciencia.

Entraron los tres policiales, è interrogados por el Director, declararon que Mr. Planchat *había hablado mal* del señor Presidente, profiriendo palabras, que aunque ellos no entendieron por haber sido dichas en *inglés*, eran indudablemente injuriosas.

—Hola! hola! ¿esas tenemos señor *Pláncha*?

—*Planchat*, señor, *Planchat*, con *ch* suave un poco silvada y con acento en la *a*.

—Si U. me falta al respeto, señor gringo, le mando aplicar el *cepo de gato*.

—Yo tengo muy buena memoria.

—Cómo!, ¿se atreve U. á amenazarme?

—Calma, señor Director, dije yo. Parece que ha habido una equivocación de parte de los señores policiales al interpretar las palabras de mi amigo, que como extranjero, no puede expresarse bien en español.—Mr. Planchat es incapaz de hablar mal de ningún presidente del mundo, y mucho menos del nuestro que es tan *manso* como una paloma y tan *dulce* como la miel. Todo dependió de que en vez de emplear el verbo *extraviar*, hizo uso del francés *égarer* que significa lo mismo: á los policiales les pareció extraña la palabreja, y como estaban bastante preocupados con el desaparecimiento del señor Presidente, creyeron quizá que aquel galicismo podía dar el hilo de los acontecimientos de esta noche.

—Bien! bien!, mas espero que mister *Pláncha* hable claro en lo futuro, que se deje de *gálicos* y que no emplee palabras misteriosas y de doble sentido, porque mi policía está muy bien montada y no se le escapa nada. Y

á propósito noto, mister *Pláncha*, que tiene U. un golpe en la cabeza y que su bastón está astillado.

Mr. Planchat, explicó su aventura del poste-aviso, relación que confirmé con mi testimonio, pero notamos que una sonrisa de incredulidad vagaba por los gruesos labios del Director, talvez para hacer comprender á Mr. Planchat la alta perspicacia que adornaba al jefe de la policía salvadoreña.

—Veremos mañana lo que sobre esto haya de verdad, dijo, y mientras el hecho se esclarece, el bastón astillado queda aquí como *cuerpo del delito*.

Inútil era entablar una polémica sobre lo que tan alto funcionario entendía por cuerpo de un delito, y creí que lo mejor era guardar silencio y salir cuanto antes de aquel lugar.



CAPITULO V.

DE CÓMO UN PICO DE LORÓ PUEDE CAUSAR LA MUERTE.

Nos despedimos del señor Director dándole las buenas noches y rogándole que, como hasta allí, continuara velando por el orden y tranquilidad del pueblo, y dando protección á los hombres honrados contra tanto pícaro que andaba suelto.

Hétenos otra vez en la calle y sin poder distinguir nada á dos pasos de distancia, porque la luz eléctrica aun no había aparecido. Para mayor desdicha la lluvia caía á torrentes, y los relámpagos, que se sucedían á cada instante, nos servían para indicarnos el camino.

Tropezando por aquí, resbalando por allá, y empapados hasta los huesos, pudimos refugiarnos en el portal sur de la plaza de armas, y allí permanecemos media hora, lamentando nuestra suerte. ¡Que dicha si pasara un coche por aquí! decíamos, aunque el ladrón del cochero nos vaciara los bolsillos; pero los vehículos del amigo Pedro Manzano brillan por su ausencia siempre que se les necesita, y se meten hasta en las narices cuando maldito el deseo que uno tiene de ocuparlos. Perdida toda esperanza de que la luz volviera y que la tempestad se calmara, emprendimos de nuevo la marcha, arrimados á las paredes y tanteando el terreno con precauciones infinitas,

y así conseguimos llegar á la esquina *chata* que 'forma la casa' del doctor Gallegos. En la susodicha esquina hay un balcón al nivel del suelo, que tiene una *timba* que avanza media vara hacia la vía pública, y además, es preciso dar un verdadero salto para salvar el medio metro de desnivel que la honorable municipalidad y la compañía del tranvía urbano han creído conveniente dejar entre la calle y la acera, quizá para que los perezosos é indolentes hagan un poco de gimnástica pedestre. Item: existen allí dos piedras, labradas en forma de pico de loro, que sobresalen media vara de la superficie del andén; y como si esto no fuera bastante, está muy próximo un poste telegráfico en amoroso consorcio con la tapadera saliente de una cloaca. Según se dice, el señor Alcalde tiene el pensamiento de completar tan artístico y armonioso conjunto, colocando en ese lugar un poste-aviso Arciniegas. [1]

El diablo quiso que en aquel momento no me acordara del nuevo peligro que nos amenazaba, y el resultado de tan deplorable olvido no pudo ser más desastroso, porque Mr. Planchat, al dar un paso, tropezó en el pico de loro, su cuerpo se inclinó hacia delante, su pie derecho se encontró en el vacío, y mi francés cayó, cuan largo era, en la gran corriente que la lluvia había formado, lanzando un quejido tan lastimero que habría sido compadecido hasta por las piedras que, arrastradas por el agua, le acariciaban las costillas, si las piedras no se pareciesen al corazón de ciertos ricos de mi tierra.

Quise socorrer á mi pobre amigo y resbalé en el plano inclinado que une la calle con la acera, tropecé en la tapadera de la cloaca y..... ¡cataplún!, fui á confundirme, en posición horinzontal, con mi compañero de infortunio.

La corriente nos arrastraba; las piedras rodaban so-

(1) Ni postes ni picos existen ahora. En cuanto á la *timba* se ha reducido á la cuarta parte.

bre mi cuerpo, y Mr. Planchat pataleaba con la desesperación del que se ahoga. Me incorporé haciendo un esfuerzo, y volé á su socorro. En los momentos que hacía todo lo posible para levantar á Mr. Planchat, oí el ¿quién vive? de un centinela del cuartel de la "Brigada de Línea."

El viento corría de norte á sur con velocidad extraordinaria, circunstancia que, si bien era favorable para que yo pudiera oír perfectamente tan estúpida pregunta, impedía que la tonta respuesta "*patria libre!*" que se acostumbra dar en tales casos, llegara á los oídos del indio que asomaba la cabeza por la ventanilla de una de las jaulas de madera con que han adornado las cuatro esquinas de nuestro antiguo Palacio Nacional.

—¿Quién vive?

—Patria libree!

—¿Quién vivee?

—¡Patria libree! grandísimo *pendejo!*

Sonó un tiro dominando con su eco el ruido de la tempestad, una bala chapuzó en el agua y otra y otra se sucedieron.

.....
¿Cómo pudimos llegar al hotel "Nuevo Mundo?"—
¿Nos arrastró la corriente?—¿nos recogió la policía?—ó
sería qué el miedo de perder el pellejo nos haya dado
fuerzas sobrehumanas? No he podido hasta ahora averiguarlo.

CAPITULO VI

De cómo y porqué Mr. Planchat fué demandado.

Dos días después de tan memorable noche estuve á ver á Mr. Planchat. Le encontré sobándose la calva con furia y leyendo un papel con mucha atención.

—Usted *arriva* muy á tiempo, *mon ami*, me dijo. ¿Puede darme su *aviso* sobre este asunto?

—¿De qué se trata Mr. Planchat? ¿Ha recibido malas noticias de su país, ó se ha declarado la guerra entre Francia y Alemania?

—Nada *como eso*.—Me quieren dar un *sablazo* sin haber guerra. Lea U.

Tomé el papel y leí lo siguiente:

“Mr. Planchat al Dr. Mata - Moros. Debe.

Por asistencia profesional durante su peli-
grosa enfermedad \$ 2.000”

—No creía, amigo mío, que los golpes que U. sufrió antenoche fueran tan graves que necesitaran asistencia médica. Los míos se curaron solos.

—Yo me sentía muy *malad* y *enseñarme* á mi el *hotelier* que el doctor Mata - Moros era el primer *curandero* de esta ciudad, y le mandé recado para que *arrivara* al hotel. El doctor me *tuchó* todo el cuerpo, me hizo

4 Junio.

sortir la lengua, me hizo *pissar* en una bacinica, *et alors* dijo al *domestique* que me aplicara en cada *cup* un lienzo de *guaro* con alcanfor. El doctor *sortió* en seguida, *aprendiéndome* que haría su *retur* en la *matiné*, pero hasta ahora no le he vuelto á ver la *figura*.

—Pues yo le aconsejo que pague, Mr. Planchat, y que esto le sirva de lección para que otra vez no llame U. á doctores que matan moros ó cristianos.

—Yo *no estar* de acuerdo con que me *volen* de esta manera.

Mr. Planchat estaba furioso, y bajo la influencia de la cólera escribió al Galeno una carta, poniéndolo de oro y azul. Mis reflexiones fueron inútiles, y la carta fué remitida á su destino.

Al siguiente día, mientras departíamos con Mr. Planchat sobre las cosas que le habían sucedido, llegó á buscarlo un joven que llevaba un rollo de papeles bajo el brazo.

Qué se le ofrece á U., caballero?, preguntó Mr. Planchat.

—Vengo á hacerle una notificación del juzgado, contestó el otro.

Mr. Planchat palideció.

El joven de los papeles sacó uno del legajo y comenzó á leer, con *voz de rezo*, un largo escrito del doctor Mata - Moros reclamando de Mr. Planchat tres mil pesos de honorarios, y pidiendo que se le condenara en costas, daños y perjuicios.

Mr. Planchat firmó la notificación y el hombre de los papeles se despidió; pero apenas había traspasado la puerta cuando entró otro que parecía mendigo y que despedía un fuerte olor á aguardiente. Era el secretario de uno de los juzgados de paz, á quien yo conocía muy bien. Mr. Planchat lo miró con recelo, y creyendo que le pedía una limosna, echó mano al bolsillo y le regaló una peseta. El hombre la guardó haciendo muchos gestos de agradecimiento, mientras sacaba de su raída chaque-

ta un papel que entregó á Mr. Planchat, retirándose en seguida.

El francés, al leerlo, profirió un grito de rabia.

—Que le pasa Mr. Planchat?

—*Babeux, brigande, scelerat, fils de mil cochonas!*

Ya me las pagarás!

—¿Pero qué sucede, amigo mío?

Y dejándose caer sobre una silla, me alargó el papel que tenía en la mano.

Era una esquila de citación en toda forma, para que Mr. Planchat compareciera al siguiente día al juzgado de paz, á contestar la demanda que en juicio conciliatorio le había promovido el doctor Mata - Moros, por el delito de injurias y calumnias graves.

—Vamos á buscar un *avué*, exclamó Mr. Planchat, levantándose de un salto.

—Pero reflexione amigo mío!

—Yo no pedirle ahora *aviso* á U.

Y Mr. Planchat, lívido de cólera, salió como un rayo.—Trabajo me costó alcanzarlo.

—Y á donde vamos Mr. Planchat?—Es preciso tener calma y que U. modere el paso si quiere que lo acompañe.

Pero el hombre no hacía caso y en dos zancadas llegamos al Parque Bolívar, donde mi francés se detuvo perplejo.

—Conoce U., me dijo, algún *avué* que pueda darle una paliza á ese *coquin* de Mata - Moros?

—Aquí no conozco un abogado tan belicoso que acostumbre dar palizas para ganar los pleitos. Cuando más hay dos ó tres que las ofrecen metafóricamente, pero si ven de lejos al contrincante por una calle, cruzan con disimulo por la otra, y los bastones se quedan quietos. Si U. me habla de esa clase de palizas, ya es otra cosa. Conozco uno que ni mandado á hacer.

—Pues *allons nous le chercher* á su *buró*.

Y Mr. Planchat emprendió de nuevo la carrera, y á los pocos minutos llegamos al despacho del célebre abo-

gado don Parlero Chicharra, que se prestó gustoso á hacerse cargo de los asuntos de Mr. Planchat.

—Por ahora Mr. Planchat, dijo el golilla, no le hablaré de mis honorarios porque ese punto lo arreglaremos después, advirtiéndole que U. no quedará descóntento; pero como es preciso hacer algunos gastos en papel sellado, indemnización de testigos, peritos etc., es conveniente que U. me anticipe unos quinientos pesos, de los cuales le rendiré cuenta escrupulosa cuando los asuntos se terminen.

Mr. Planchat hizo un gesto de disgusto, *pujó para abajo*, pero aflojó la mosca en cinco billetes de cien pesos.

—Y dígame doctor Chicharra, exclamé yo, ¿está U. seguro de que mi amigo saldrá bien de estos líos?

—Tan seguro como que hoy es de día. Ahora sólo falta que extendamos el poder.

—Pues vamos á *chercher* un notario, dijo Mr. Planchat.

—No hay necesidad que U. se moleste, señor, dijo Chicharra. Yo voy á hacer el poder á favor de mi escribiente, él me lo sustituye, y asunto concluido.

Así se hizo, y en papel sellado, testimonio y sustitución, mi pobre amigo tuvo que desembolsar veinte pesos más, y eso que el doctor Chicharra le manifestó que le hacía una rebaja considerable por el aprecio que le tenía.

Salimos de casa del abogado y nos dirigimos al hotel. Allí me despedí de Mr. Planchat, quien se manifestaba muy alegre por las alhagadoras promesas del doctor Chicharra.

—Yo darle una buena *fregada* á ese *curandero* Mata - Moros, decía, y el día del triunfo nos vamos á poner una buena *turca*.

—Dios lo quiera, Mr. Planchat, pero ¡cuidado con las *alegrías de burro*!

Por ese tiempo tuve que hacer un viaje, y estuve

ausente de la capital durante algunos días. Apenas Mr. Planchat supo mi regreso, dirigióse á mi casa.

—Cómo va su pleito Mr. Planchat?, le pregunté.

—De eso quería *parlarle, mon ami*. He *arrivado* muchas veces al *buró* de mi *avué* y no he podido *truvá-lo*, y estoy inquieto por mi asunto.

—La única manera de salir de dudas, Mr. Planchat, es ver el expediente en el juzgado.

Y allá nos dirigimos.

El juez nos mostró el legajo. Era un grueso volumen de 300 fojas. Cuando concluí su lectura me quedé frío, y dirigí una triste mirada á Mr. Planchat.

—Qué le parece, *mon cher ami*?, me preguntó.

—Lo que me parece es que U. tiene perdido el pleito, Mr. Planchat.

El francés soltó un juramento terrible, y dio tal puñetazo en la mesa, que los litigantes que estaban cerca se levantaron asustados.

—Vea lo que ha hecho su abogado, continué: primero apeló del auto que le confería á U. traslado para contestar la demanda; después del auto en que le declaraban impertinentes las excepciones de obscuridad de la acción, petición antes de tiempo y de modo indebido, incompetencia de jurisdicción, etc. etc.; después del auto que calificaba la fianza rendida por Mata - Moros; y por último recusó al juez y á dos magistrados. En todos esos recursos ha sido U. condenado en costas. Abierto el juicio á prueba, presentó cuatro testigos con los cuales justificó que U. no ha estado enfermo, y que el doctor Mata - Moros no ha asomado las narices por el hotel donde U. se hospeda. En cambio, el abogado de la parte contraria ha comprobado, con doble número de testigos, que U. estaba agonizando, que tenía quebrada una costilla y la columna vertebral, y que el doctor Mata - Moros; después de haberle hecho una habilísima y peligrosa operación que ha elevado su fama hasta la Luna, estuvo asistiendo á U., día y noche, durante dos meses consecutivos. En vista de pruebas tan claras, dos peri-

tos, que son tan famosos médicos como el doctor Mata-Moros, dictaminaron que sus honorarios valían, por lo menos, 5.000 pesos. Tal es el estado del asunto, Mr. Planchat.



156

10670

CAPITULO VII

De cómo Mr. Planchat fué á parar á la cárcel.

Mr. Planchat se tiraba de los pocos cabellos que le quedaban, y era tal su furia que temí que el juez lo expulsara de la audiencia. Pude con trabajo sacarlo de aquel lugar, y nos dirigimos al juzgado de lo criminal, donde se tramitaba el proceso por injurias y calumnias graves. El cariz que el asunto presentaba no podía ser peor para Mr. Planchat. El defensor Chicharra había probado la *coartada* con tres testigos, quienes declararon que Mr. Planchat no pudo haber escrito la famosa carta en el lugar y fecha que ella indicaba, porque á la sazón se encontraba en Santa Ana; mas por desgracia Mr. Planchat lo echó todo á perder, porque declaró con franqueza que la carta era suya y que ratificaba sus conceptos. En vista de semejante confesión el juez no pudo menos que decretar el arresto del culpable, arresto que podía verificarse de un momento á otro. No había, pues, tiempo que perder, y nos *escurrimos* con disimulo; pero era ya demasiado tarde! Un policial, portador de la orden de prisión, atajó el paso á Mr. Planchat y le ordenó que lo acompañara.

Imposible sería dar idea de la rabia de Mr. Planchat. Rechinaba los dientes, levantaba los puños, bra-

maba como un toro, gesticulaba como un condenado, y de vez en cuando soltaba unas palabrotas tan subidas de color, que alarmado el policial lo amenazó con el garrote. Por fortuna la cárcel estaba cerca y el alcaide se hizo cargo del reo.

Calmado un poco Mr. Planchat, comenzamos á deliberar sobre su situación, y después de dar mil vueltas al asunto, se convino que yo gestionara ante el doctor Mata - Moros para un arreglo amistoso, único medio de salir del atolladero.

Conferencié dos horas con el doctor y su abogado. Serrucho, orador de *primera fuerza*: yo restando y dividiendo, ellos sumando y multiplicando. Al fin se convino que Mr. Planchat debía pagar lo siguiente:

Por la asistencia facultativa.....	\$ 2.000
Por discursos, honorarios de abogado, procuración y dirección general.....	3.000
Valor del papel sellado.....	150
Remuneración á testigos, peritos y agentes judiciales.....	300
Por la parte de reputación que había perdido el doctor Mata - Moros por las calumnias é injurias.....	1,000
Total.....	\$ 6,450

Aceptadas las bases por ambas partes y entregada la suma, Mr. Planchat fué puesto en libertad y ambos nos dirigimos al hotel. Allí le esperaba otra sorpresa.



•

CAPITULO VIII

Las cuentas del gran capitán.

Un cartero entregó á Mr. Planchat una carta. Leerla y darse un tremendo sopapo en la cabeza fué cosa de un segundo. Yo creía que se había vuelto loco.

—Yo *fuirme deya* de esta *condanè populación*, donde hay tantos *voleurs*, donde la *poliz* confunde los machos con las mulas, donde se usa como medicina el sebo de gato y donde cada noche se *egara* un Presidente. ¡Vayan al diablo los postes-anuncios Arciniegas, las mangas de pierna, los picos de loro y los indios centinelas!

Y asomándose al balcón y levantando las manos en actitud desprecatoria, exclamó:

—*Muá* darte mi *maledición*, ciudad de los infernos!

Mr. Planchat estaba inñonocible. Estrujó la carta que arrojó al suelo, y con mano febril dio principio al arreglo de su valija.

Recogí el papel y entonces comprendí que Mr. Planchat no dejaba de tener razón.

La carta decía así:

“Estimado Mr. Planchat:

Los dos asuntos que U. se sirvió encomendarme

marchan perfectamente. El doctor Mata - Moros está completamente derrotado y pronto tendrá el castigo de su audacia.

Su más atento seguro servidor.

Parlero Chicharra."

"P. S.—Suplico á U. me sitúe en el Banco mil pesos, á $\frac{1}{2}$ de mis honorarios.

Vale."

Pronto concluyó Mr. Planchat sus preparativos de viaje.

—¡Adios *mon cher ami!*, me dijo, dándome un fuerte abrazo.

—¿Cómo adios? Yo también marchó con U. hasta ponerlo á bordo.

—*Merci bien.*—Usted *haber* sido muy bueno conmigo—*¡Marchon, marchon* pronto, pronto!

—Arregló ya la cuenta del hotel Mr. Planchat?

—*Muá* haberla pagado *yurnalmente*, y no deber un *sueldo*.

Pero como para desmentir á Mr. Planchat, se presentó el hotelero con una cuenta en la mano, que contenía lo siguiente:

Un almuerzo de diez cubiertos, con vino y platos extras.....	\$ 200
Cien copas de cognac.....	75
Diez botellas de champaña	50
Manutención y alojamiento del criado....	60
Idem de dos mulas de silla, durante dos meses	70

Suma.... \$ 455

S. E. ú O.



CAPITULO VIII

Una visita al sabio Salomón.

Mr. Planchat leyó la cuenta con aparente calma, y dirigiendo al hotelero una mirada de ira, le dijo:

¡Con que yo dar banquetes, *chuparme* una caja de cognac y tener un *domestique* y dos *machas* á mi disposición! Muy bien!, voy á pagar la cuenta, pero que venga ese muchacho para llevármelo, y que me entreguen *esas animalas*.

—Señor, es que.....el criado parece que ha salido y.....

—¿*Y las machas haber* ido al Parque Bolívar á pasear con sus novios, verdad canalla sin vergüenza?

—Pero Mr. Planchat.....!

—Yo deberle la cuenta y U. deberme dos *machas* y un hombre. Si no me los entrega yo *mandarlo á la cárcel*.

El hotelero asustado emprendió carrera, y Mr. Planchat soltó la carcajada.

Pero aquí no se ríe uno impunemente de los hoteleros, y Mr. Planchat tuvo de ello la prueba más contundente que desear podría.

El hombre aquel que corría nos salió adelante, deteniéndose de pronto para hablar con un policial que estaba en la boca-calle. Por sus ademanes comprendí que

se trataba de nosotros porque nos señalaba con el dedo.

Efectivamente: el policial nos salió al encuentro, y exigió que Mr. Planchat le presentara la *boleta de caminos*.

—Yo no saber que los caminos tengan boleta y *muá* no tener nada, contestó Mr. Planchat.

—Pues entonces ¡pase!

—Ya lo creo pue *muá* va á pasar porque dirigirme á la *gar*.

—¿Usted agarrarme á mi? Ya te voy á enseñar cómo se agarra, *gringo* insolente.

Decir esto y poner á Mr. Planchat la abrazadera en la muñeca, fué obra de un instante. El policial tiraba con fuerza, Mr. Planchat se retorció y pujaba, el hotelero se reía y yo cuidaba la valija. Formóse gran grupo de curiosos, acudieron más policiales en auxilio de su compañero y luego emprendimos la marcha, el policial tirando, Mr. Planchat pujando y yo con la valija en el hombro porque el criado que la llevaba había tomado las de Villadiego. En esta guisa llegamos á presencia de nuestro famoso Director de Policía, el célebre Salomón salvadoreño, como Mr. Planchat lo llamara en cierta ocasión.

—¡Hola!, hola!, hola!, exclamó al verle, ¿con que lo tenemos de nuevo por acá? ¡Cuanto me alegro! ¡cuanto me alegro! A ver! ¡á ver!, por qué traen á *Mister Pláncha*?

—Ya le he dicho que *muá* llamarme *Planchat* y no *Pláncha*.

—No me interrumpa, señor mío, si no quiere arrepentirse. Con que *decí vos* (dirigiéndose al agente) por qué lo *trés*?

—Me informaron que iba huyendo por no pagar el *fondo* de caminos; le exigí la boleta, me contestó una grosería y me amenazó con *agarrarme* á pescozones.

—¡Es verdad! ¡es verdad!; exclamaron los demás policiales.

—¡No es *como eso!* no es *como eso!*, gritaba Mr. Planchat.

—Silencio *Pláncha* de los demonios. Te condeno á que *pagués* doble impuesto y veinticinco pesos de multa, y no *salís* de aquí hasta que no *desembuchés* la *mascada*.

—*Muá* ser un *vuayayer* que *retorna* á su *patri* y no saber nada de los caminos de aquí.

Te digo que *pagués* y después *podés* irte á la . . .

No sé si Mr. Planchat entendió bien el pulcro lenguaje del Salomón de mi tierra, pero sí que se trataba de dinero. Sacó su cartera, contó la suma exigida y la colocó sobre la mesa.

—Ahora, Mr. Salomón, tenga la *bonté* de *siñarme* una *recepción*.

—¿Qué es eso de *ceñir*? Aquí no se *ciñe* á nadie, ni me llamo yo Salomón. ¡Largo de aquí!

Los policiales sacaron á empujones á Mr. Planchat. Algunos de éstos me tocaron, y me limité á contestarlos con los pies porque la valija me estorbaba.

Al salir, ó mejor dicho, al ser echado de la Dirección de Policía, Mr. Planchat dio de bruces con un grupo de *mengalas*. Las muchachas eran bonitas y cada una de ellas llevaba un vaso de cristal adornado con flores naturales.

—¿Quiénes son estas *niñas*., me preguntó Mr. Planchat?

—Son las *capitanas*, amigo mío.

—Aquí está el simpático Mr. Planchat!, exclamó la más *vivaracha*.

—Vamos, Mr. Planchat, dénos una *limosnita* para la *entrada* de nuestro barrio.

—Yo no *querer* entrar, sino *sortir*.

—A mi *chulito*.

—A mí! cosita linda.

—A mí!

—A mí!

Y las *traviesas* y *bulliciosas capitanas* de la fiesta

del Salvador acosaban á Mr. Planchat, colocándolo en medio, sin permitirle dar un paso. Unas le tiraban del vestido, otras le *metían* los vasos por las narices, quien le introducía las manos en los bolsillos, y mientras tanto la *banda* del barrio, compuesta de tres músicos, tocaba una polka á media cuadra de distancia.

En circunstancias *más oportunas*, Mr. Planchat no hubiera desdeñado aquellos cariños que, aunque poco cultos, no carecían de atractivo, sobre todo para un viejo calvo; pero Mr. Planchat no estaba para fiestas y la audacia de aquellas mujeres le pareció inaudita. Dio un empujón á la más atrevida, ésta cayó sobre la de atrás y ambas rodaron por el suelo. Abierta aquella brecha, Mr. Planchat se lanzó á la carrera y yo me fui tras él con la valija á cuestas; pero no habíamos caminado cincuenta varas, cuando una lluvia de piedras cayó sobre nosotros. A Mr. Planchat le tocó una en las posaderas que le hizo dar tres tumbos para adelante y á la valija otra que la hizo bailar en mis espaldas.

—Corramos Mr. Planchat!!, le grité.

—*Futrel!*, esas *putanas* tienen la *diabla* metida en el cuerpo.

—Si le oyen decir *putanas* en lugar de *capitanas*, nos rompen el bautismo.

Y emprendimos la carrera con más furia, en medio de una nube de proyectiles.

Echando los bofes pudimos ganar terreno y nos metimos en un coche que pasaba. El último proyectil cayó sobre la espalda del auriga, quien soltó un juramento cocheril y volvió la cabeza. Al observar aquel grupo de mujeres, con las faldas remangadas, los chales terciados, con una piedra en la mano y que se venían sobre él con la rabia pintada en el semblante, tuvo miedo y fustigó á las mulas con tanta rudeza, que los animales partieron como el rayo.



CAPITULO IX

¡Adios! Mr. Planchat.

Algunas horas después llegamos al puerto, tomamos una lancha y llegamos á bordo. Mr. Planchat dio un suspiro de satisfacción.

—Y ahora, *mon cher ami*, ¡adios! ¡adios, para siempre!

—Feliz viaje, Mr. Planchat. No pierdo la esperanza de volverlo á ver por estas tierras.

—¿*Revenir* á esta tierra? Muá preferir que me corten la *pescueza*.

—Tan malos recuerdos lleva U. de nosotros?

—¿Y U. *demandármelo* á mi?, me contestò colérico.

Comprendí que no debía seguir tocando cuerda tan sensible, y con lágrimas en los ojos me despedí de tan excelente como desgraciado amigo.

.....
Tres meses después recibí de Mr. Planchat una larga carta que contenía entre otros, los siguientes párrafos:

“*Icì*, en París, he escrito un panfleto en que describo todas mis *risquérías* sufridas en esa tierra. Nadie me ha creído y hasta ha habido quien me trate de viejo *fù*. No pueden *aprender* mis paisanos que en esa *populación* la *poliz* confunda los machos con las mulas; que haya picos de loro sembrados en las calles y postes-avisos de una

vara de altura para uso del que quiera romperse la *teta*; que el correo *de pies* corra más de prisa que la electricidad; que el Presidente de la *Republique* se *egare* todas las noches; que los centinelas disparen contra los que se están ahogando en los ríos que corren por las calles, y que hay por ahí un descendiente del Rey de Jerusalem que ha *truvé* la *maniera* de preparar el sebo de gato para recobrar la memoria. Yo he dicho que todo eso es cierto, y para convencer á mis amigos suplico á U. me haga una *remisión* de los mejores gatos que pueda conseguir, porque pienso hacer experimentos y vender el secreto al Gobierno para uso de las escuelas públicas. Mándeme *osí*, una testificación suya, con la *siñatura* del *consúl*, sobre todo lo que nos sucedió, pues talvez de esta *maniera* convenceré á los *incredúlos*."

Me he guardado bien de cumplir la recomendación de Mr. Planchat, y ¡allá que vea como se las compone! Soy un poco nervioso y eso de los gatos me da escalofríos.

—FIN DE LOS APUROS DE UN FRANCÉS.—

LAS GRACIOSAS AVENTURAS DEL GRAN MORAJÚA.

(1885)

5 Julio.

Las graciosas aventuras del Gran Morajúa.

*1 En donde se da conocimiento del héroe y de su via-
je a París.— 2 Morajúa vencedor del célebre Corneil.—
De cómo Morajúa ganó honradamente 2,500 francos.—
El contento de Morajúa aumenta.— 3 De cómo se ven-
de un fraile.— 4 Morajúa entre ninfas, monjas y eunu-
cos.— 5 Un cochero poco sufrido.— 6 Justa indignación
de Morajúa.— 7 Desgraciado en el juego afortunado en
mores.— 8 Morajúa en su pueblo.— 9 Los diagnósti-
cos y pronósticos de Morajúa.— 10 Morajúa político y pe-
riodista.*



CAPITULO I.

EN DONDE SE DA CONOCIMIENTO DEL HÉROE Y DE SU VIAJE Á PARÍS.

El doctor Morajúa es un caballero particular, tan particular que no hay otro que se le parezca.

De patillas bien recortadas, nariz de medianas dimensiones, frente larga y angosta como una raya, cabeza pequeña y peinado siempre á la *dernière*, se pavonea orgulloso por esas calles de Dios, satisfecho, muy satisfecho, de sus prendas personales.

Es verdad que tales señales lo distinguen poco de otros muchos tipos, que para solaz de la gente amiga de la broma, abundan en esta dichosa y *libertada* ciudad de San Salvador; pero mis lectores ignoran que Morajúa tiene una historia, y no la historia común y prosaica de la generalidad de los hombres, sino una historia llena de incidentes dramáticos, tragi-cómicos y hasta un tanto quijotescos.

Os referiré, queridos lectores, algunos rasgos de la vida de nuestro héroe, dignos de eterna remembranza y cuya autenticidad puedo garantizaros.

Allá por el año de 187. ., cansado Morajúa de hacer el amor por mero pasatiempo y desesperado por la falta de clientela quiso tomar *estado* y se enamoró, para

desgracia suya, de una graciosa morena que le trastornó los cascos, completando el travieso Cupido lo que con nuestro pobre doctor había hecho la naturaleza, pues han de saber los que lo ignoran que Morajúa brillaba, no por sus alcances intelectuales, sino por la blancura de su camisa.

Visitas diarias en que tomaba las posturas más correctas y de buen tono, cartitas perfumadas, rondas nocturnas, ademanes románticos, todo fué en vano, porque la ingrata estaba más dura que un calicanto.

Convencido el doctor de la inutilidad de sus esfuerzos, se puso á reflexionar profundamente. Al principio pensó saltarse la tapa de los sesos; pero sea que éstos le faltasen y que por ende no podían tener tapa, ó bien por el presentimiento de que estaba llamado á realizar grandes hechos en su carrera profesional y política, lo cierto es que decidió expatriarse, correr el mundo por los cuatro puntos cardinales, para distraer así la honda pena que las calabazas de su adorado tormento le habían causado.

Me iré, decía, muy lejos de aquí: quiero castigarla con mi ausencia, y estoy seguro que cuando lleguen á sus oídos los ecos de mi fama, se arrepentirá de sus desdenes y la verá humilde solicitando mi perdón. Entonces seré yo el inflexible, el desdeñoso.

El doctor se paseaba á grandes pasos en su habitación, se mesaba los cabellos y, sublime en su desesperación, llegó hasta el heroísmo dándose tan fuertes golpes en la frente, que si no hubiera sido tan sólida habría saltado en mil pedazos.

En esta situación lo encontró su amigo Queruva, y admirado del trágico aspecto de Morajúa, se alarmó creyendo que había perdido el juicio.

—Qué significa eso querido amigo?, exclamó al verle. ¿Estás loco ó ha disminuido tanto tu clientela que ya no tienes á tu cargo ni siquiera un miserable cata-

riendo á quien aplicarle tu famoso método para curar la bronquitis? Es verdad que no has sido afortunado en tu profesión y que tus envidiosos enemigos afirman que á tí se debe el aumento de las defunciones que se ha notado de algún tiempo á esta parte; pero no debes hacer caso alguno de tales hablillas, y soy de parecer que continúes tus descubrimientos para bien de la humanidad y de esta población en particular.

Es tan sencillo Morajúa que no comprendió que su amigo Queruva se burlaba de él.

—Nada de lo que supones, querido Queruva, es la causa de mi desesperación, le contestó. He resuelto hacer un largo viaje y tú comprendes que la emoción, el dolor de abandonar á los amigos y . . . á mis enfermos, me han trastornado un poco la cabeza. Te pido tus órdenes para el viejo mundo: recorreré la España, la Francia, la Alemania y la Inglaterra: quiero conferenciar con mis colegas de Europa, únicos que pueden comprenderme, sobre mis descubrimientos terapéuticos, y cuando vuelva, amigo mío, ¡oh! cuando vuelva después de diez ó veinte años, seré el primer médico de mi patria, civilizaré á mis paisanos y, sobre todo, haré comprender á mis envidiosos compañeros que deben respetar mi ciencia y reconocer mi incontestable superioridad.

—Pero amigo Morajúa, para realizar ese viaje necesitas, además de dinero, saber hablar el francés, el alemán y el inglés, y yo jamás he sabido que tú poseyeras tantos idiomas.

— La falta de dinero no me da ningún cuidado. Justamente los herederos de mi último enfermo me han pagado, aunque con dificultad, las visitas que le hice. Mi hermano Orájúa, que como sabes ha sido diputado, me dará alguna cosa, y tengo la seguridad que al llegar allá los enfermos caerán sobre mí ó yo caeré sobre ellos. La dificultad de los idiomas no existe más que en apariencia, porque me bastarán pocos días para aprenderlos con perfección.

El amigo de Morajúa se despidió, dibujando en sus **labios** una sonrisa burlesca. Por fortuna el que la **había** provocado no estaba para fijarse en tan poca cosa.

Nuestro doctor realizó su viaje y llegó á París con **las** bolsas medio vacías, pero henchido de esperanzas, y se hospedó en una fonda de modesta apariencia.



CAPITULO II

MORAJÚA VENCEDOR DEL CÉLEBRE CORNEIL.

Al principio nuestro héroe quedó aturdido por el ruido de la gran ciudad, pero poco á poco fué acostumbrándose, y venciendo su timidez se lanzó á la calle, tomó un carruaje y se hizo conducir á la habitación de un paisano suyo que en aquella época hacía sus estudios de Medicina. Este le acompañó á hacer un ligero paseo, pero como tenía que asistir á su clase, fuéronse juntos á la universidad y sentáronse en las últimas bancas.

El célebre doctor Corneil explicaba la lección á sus discípulos y un silencio profundo reinaba en el salón. Morajúa escuchaba atento sin comprender una palabra, y movía la cabeza de alto abajo cuando el profesor levantaba la voz como aprobando lo que decía: otras veces daba señales de desaprobación, y otras en fin se quedaba profundamente pensativo, con la cabeza inclinada y acariciando sus patillas con la mano derecha, ó bien pasándola por ambas sienes con peligro inminente de descomponerse su gracioso peinado.

Tan singular pantomima fué notada por el doctor Corneil, quien no pudo contener la risa: sus discípulos lo imitaron, y el mismo Morajúa, creyendo que todos se reían de alguna agudeza del profesor, soltó la más simpática y sonora carcajada que oídos franceses habían es-

cuchado. El paisano de Morajúa, avergonzado del ridículo papel que éste representaba, lo sacó del salón casi á la fuerza y lo condujo á la fonda, con el firme propósito de no servirle otra vez de cicerone.

—Querido paisano, le dijo Morajúa al despedirse, ¡qué lejos estará el doctor Corneil de saber que un colega de allende los mares le estaba escuchando! Verdad es que no estoy de acuerdo con él sobre varios puntos de su lección: se conoce que ha estudiado algo la materia y yo quisiera que U. me acompañase mañana á la clase porque quiero sostener una discusión con él ante sus discípulos. Cuento con su amabilidad y hasta mañana.

Inútil es decir que el paisano de Morajúa tuvo que ocultarse y que la discusión proyectada no tuvo efecto.

‘ CAPITULO III

DE CÓMO MORAJÚA GANÓ HONRADAMENTE 2.500 FRANCOS.

Nuestro héroe pasó muchos días sin ver á su paisano, mas ésto no le preocupaba ni poco ni mucho. Dedicaba la mayor parte de su tiempo en galanteos y aventuras amorosas, algunas de las cuales referiría si no me detuviera el temor de ofender la castidad de mis lectores. Basta que sepan que Morajúa creía ver en cada una de las *ninfas* que abundan en la gran ciudad, altas y poderosas princesas, y que el lujo y boato que ostentaban era sólo para agradarle; y si bien Morajúa es un caballero particular, también es un caballero galante y generoso, y procuraba corresponder tanto amor y desprendimiento satisfaciendo los menores deseos y los más insignificantes caprichos de sus conquistadas bellezas. Tanto llevó las manos á los bolsillos que éstos quedaron completamente vacíos, y, ¡cosa extraña!, Morajúa notó con dolor y sin podérselo explicar, que á medida que ésto sucedía sus princesas, marquesas y baronesas se *gasificaban, espiritualizaban y volatilizaban* de tal manera, que no le quedó de ellas otra cosa que los agradables recuerdos de su pasada dicha y el triste convencimiento de que no le quedaba un sueldo.

Situación tan desesperada no podía sostenerse, y el

desgraciado Morajúa, que siempre había sido honrado en materia de intereses, se vió en la triste necesidad de ocurrir al engaño y á la intriga para conseguir algunos fondos.

Su indigno biógrafo, al llegar á esta parte de su historia, no puede menos que sentir la más profunda pena por verse obligado á referir hechos que empañan la brillante y divertida historia de su héroe; pero sírvale de consuelo recordar que todos los grandes hombres han cometido sus faltas, desde César Augusto hasta don Quijote de la Mancha, y que un defecto más ó menos en la vida del hombre más ilustre es como un gracioso lunar en la cara de una linda muchacha.

Morajúa, acosado por el fondista, el sastre, la florista, el sombrerero, el zapatero, el perfumista y por una multitud de sanguijuelas que tenían la osadía de importunar con sus exigencias á todo un doctor de allende los mares, se paseaba meditando en su habitación, exprimiendo su poderoso cerebro para sacarle alguna idea que lo salvase de situación tan angustiosa.

Al cabo de dos días de acoger y rechazar mil proyectos insensatos, su fisonomía tomó una expresión placentera, sus ojos brillaron de alegría, y feliz por haber concebido algo de provecho, quizo ponerlo inmediatamente en ejecución, y se lanzó á la calle como una flecha.

¡Detente desgraciado Morajúa, detente infeliz, que caminas á un abismo! Así le gritaba su conciencia; pero todo fué en vano, y nuestro doctor caminaba imperturbable y tranquilo por las calles de París, sin sospechar siquiera que iba á ensuciar con una mancha su hasta entonces inmaculada reputación.

Detúvose en una casa de buena apariencia, preguntada por Mr. Pectó, é introducido á su presencia le manifestó que acababa de llegar á París y que había tenido la desgracia de que le robasen la balija donde conservaba todos sus fondos, y además una carta de crédito firmada á su favor por su tío P... de Suchitoto, contra la

casa "Pectó y C^a", con quien su querido tío tenía relaciones comerciales. Agregó á esta inocente mentira tales datos sobre la persona, antecedentes y circunstancias de su supuesto tío, que Mr. Pectó no dudó un momento que estaba en presencia del sobrino de su cliente de Suchitoto. La confianza del comerciante se aumentó al observar el aspecto grave y circunspecto de Morajúa, y el aire de inocencia y candor que revelaba su persona.

—Caballero, le dijo, tengo mucho gusto de conocer á un pariente tan cercano de mi amigo P...., una de las personas más ricas y honorables de Suchitoto; y al par que siento infinito la desgracia que U. ha sufrido, tengo la satisfacción de ofrecer á U. mis servicios en la difícil situación en que se encuentra. ¿Cuánto necesita U?

—Señor Pectó, doy á U. las gracias por su amabilidad: acepto agradecido su ofrecimiento y creo que, siendo como soy un joven modesto y económico, tendré bastante con 2.500 francos que se servirá cargar en la cuenta corriente de mi querido tío, á quien pronto escribiré informándole del asunto y manifestándole la amable acogida que U. me ha dispensado.

Morajúa recibió los 2.500 francos y se despidió de Mr. Pectó, muy contento por el buen éxito de su empresa.



CAPITULO IV

EL CONTENTO DE MORAJÚA AUMENTA.

Al salir á la calle vino á colmar la alegría de Morajúa el inesperado encuentro de su paisano, el estudiante de Medicina: éste se puso verde del susto, pero le fué imposible escapar. Morajúa le dio tan fuerte apretón de manos que el pobre estudiante exhaló un grito de dolor.

—Oh! querido paisano, hoy me perteneces por completo y no te suelto. ¿Qué te has hecho?—¿por qué no nos hemos visto? Y mi colega el doctor Corneil ¿continúa siempre profesando sus teorías, á pesar de que yo no estoy de acuerdo con ellas? Y á propósito de esto, quiero someter á su estudio un trabajo sobre la bronquitis que elaboré allá en mi mocedad, y que ha producido sorprendentes resultados. Tú comprenderás que yo no necesito de la opinión de Corneil para estar cierto de la bondad de mi obra; pero estoy seguro que en ella encontrará mi colega mucho nuevo que enseñar á sus discípulos. Justamente tengo aquí, por casualidad, una copia de ella que pienso hacer imprimir en esta ciudad, y quisiera que tú.....

—Señor doctor Morajúa, ofrezco servir á U. en lo que pueda, pero permítame manifestarle que en este momento me es imposible detenerme por más tiempo: ten-

go una cita para esta hora y no quisiera hacerme esperar.

—Hola! hola!, ¿con que hay amorcillos de por medio? Te disculpo amigo mío, porque yo también, que me he rozado con la alta aristocracia femenina, me he visto obligado á cometer mis pecadillos, y no me sorprende que un joven como tú comience á hacer sus ensayos.

—No es lo que U. supone, señor doctor, lo que me priva de estar más tiempo en su amable compañía. La persona que me aguarda, aunque tiene faldas, pertenece al sexo masculino.

—Ah! ya comprendo! Alguno que ha querido disfrazarse para conservar el incógnito y poder así.....

—No señor, nada de eso. Es fray Filipo Moroja que desea visitar conmigo el Panteón donde están los restos de muchos hombres ilustres y de personajes célebres.

—Oh! magnífico, soberbio!—Yo los acompaño: justamente hace algún tiempo que tengo el deseo de saludar los restos mortales de mis dignos predecesores, hablar con ellos en espíritu para que me inspiren y animen en la difícil labor de la ciencia á que estoy dedicado desde mi tierna infancia.

El pobre estudiante sudaba de desesperación, y viendo que era imposible desprenderse de su paisano, se resignó á ir en su compañía, aunque temeroso de que de nuevo lo pusiera en ridículo.

CAPITULO V

DE CÓMO SE VENGA UN FRAILE.

En el Panteón aguardaba fray Filipo. El guardián abrió la puerta y nuestros personajes, acompañados de otros muchos, penetraron en la mansión de los muertos.

La tumba de Voltaire es una de las primeras que se visitan. Una estatua colocada en ella representa al grande hombre con una pluma en la mano. Morajúa, al contemplarla y creyendo dar una prueba de su vasta erudición, toma una actitud teatral y con voz de trueno exclama:

—Oh! Voltaire, Voltaire, que con tu sonrisa irónica *pulverizaste* el cristianismo, yo te saludo!

Los curiosos, sorprendidos del aire y tono de Morajúa, se preguntaban quien podía ser aquel cómico. El estudiante de Medicina procuraba en vano llamar la atención de su paisano sobre la presencia del fraile; éste hizo un mohín de desagrado viendo que en sus barbas se atrevían á hablar, en semejantes términos, del peor de los perseguidores de la iglesia, y con un tonillo frailuno cargado de zorna é ironía, y repitiendo despacio las palabras de Morajúa, le dijo:

—“Oh! oh! Voltaire, Voltaire, que con tu sonrisa irónica pulverizaste el cristianismo”..... Qué bonito,

muy bonito! y sobre todo ¡que pensamiento tan nuevo!

Morajúa no hizo caso de la impertinencia del fraile, y me parece que era el mejor partido que podía tomar.

Poco después llegaron á la tumba de Rousseau. El ginebrino no tiene estatua que lo represente, pero en cambio se ha dibujado en su sepulcro una mano que lleva una antorcha encendida.

Al ver la susodicha antorcha no pudo Morajúa contenerse, y dando pruebas inequívocas de su estro poético, exclamó:

Oh! Rousseau Rousseau, filósofo profundo,
que con tu antorcha iluminaste al mundo!

El fraile, amostazado, se puso furioso, y encarándose seriamente con Morajúa,

—¡Precioso! ¡estupendo! ¡magnífico! le gritó—¿Es U. poeta ó le ha salido el consonante por casualidad?

Morajúa tuvo por segunda vez la sabiduría de callarse.

La visita continuó por un momento más sin incidente alguno; pero estaba escrito que Morajúa debía pagar caro sus elogios á Voltaire y á Rousseau, porque el vengativo fraile no lo perdía de vista y quería aprovechar una oportunidad para satisfacer sus instintos frailes-cos.

Llegan por último á las tumbas de los héroes de la revolución francesa, y el caritativo fraile tomó la ocasión por los cabellos.

—Señor doctor Morajúa, exclamó, U. que es tan instruido en historia y que por lo tanto debe saber al dedillo la biografía de estos pillos revolucionarios que yacen aquí convertidos en polvo; U. que dirige apóstrofes al impío Voltaire y que improvisa versos en honor del desvergonzado Rousseau, ¿puede decirnos alguna cosa sobre la vida y milagros de estos generales, de estos tribunos, de estos jacobinos, de estos terroristas, de estos malditos

6 Julio.

herejes que derramaron tanta sangre y que han sido la causa de todas las desgracias que hoy sufre y sufrirá la Francia?

Morajúa se irguió soberbio por la insolente provocación del fraile, pareciéndole imposible que un hombre con faldas tuviera el atrevimiento de retar á todo un doctor de allende los mares: tosió, se limpió con el pañuelo el sudor de la frente, y con actitud dantoniana y mirada altanera se expresó en los términos siguientes:

—La historia de la revolución francesa y la de todos los personajes que en ella figuraron, la saben hasta los chiquillos de mi tierra. No puedo referir sucintamente todos los acontecimientos de aquella época, aunque los sé de *cuerito á cuerito*, porque el tiempo me falta, y me limito por ahora á uno que otro de los hechos más salientes.

“Reinaba en Francia un señor Marat, descendiente de los Valois y casado con la princesa Carlota Corday. Luis Capeto, diputado á la Constituyente, hizo la declaración de los derechos del hombre. El rey se opuso á tal declaratoria, y he ahí el principio de la revolución. La reina fué asesinada en el baño por su marido, quien descubrió que estaba en connivencia con sus enemigos. El pueblo se levantó contra su rey, lo hizo prisionero y lo fusiló por las espaldas. Las demás potencias europeas, indignadas por el regicidio, se armaron contra la Francia, pero entonces Luis Capeto, auxiliado por su esposa madama Roland, levantó un ejército formidable y derrotó á Napoleón que se había puesto á la cabeza de los aliados. Entre los generales realistas figuraron, en primera línea, Danton, Robespierre y Mirabeau que hizo prodigios de valor en la batalla de Majenta. Después de esta batalla, en que murió el rey de Italia, hubo una confusión espantosa en la política francesa, hasta que el general La Fayette restableció el orden y gobernó muchos años, siendo sustituido por Napoleón III que ganó la batalla de Sedán.”

Durante el discurso el fraile sonreía, y el estudiante

de Medicina cambiaba de colores desde el blanco hasta el morado oscuro. Los demás concurrentes, demasiado susceptibles como son generalmente los franceses, creyeron que el orador se burlaba de ellos desfigurando de propósito su historia patria, y arremetieron con tal ímpetu al infeliz Morajúa haciendo una algazara tan grande, que el desgraciado creyó que los muertos habían salido de sus tumbas y que descomunales fantasmas lo perseguían. El terror paralizó por un momento sus miembros; pero, sobreponiéndose de pronto, dio un salto gigantesco y emprendió la fuga en medio de la burla de sus oyentes y de la sonrisa volteriana del picaresco fraile.



CAPITULO IV

MORAJÚA ENTRE NINFAS, MONJAS Y EUNUCOS.

Morajúa, por no encontrarse con el fraile, estuvo encerrado en su fonda durante algunos días. Su paisano, comprendiendo al fin el carácter inofensivo al par que divertido de su futuro colega, iba á visitarlo con frecuencia y pasaba en su compañía ratos muy agradables. Un día le comunicó la partida de Fray Filipo, y contentísimo Morajúa por tan fausta noticia, propuso á su paisano hacer un paseo por el bosque de Boulogne. Aceptada la proposición, se dirigieron en carruaje á ese lugar de recreo, en donde se reune lo más elegante de la ciudad de París.

Morajúa iba negligentemente recostado en el carruaje. Su mirada desdeñosa indicaba á los paseantes que debían considerarlo como un personaje de importancia, que se había dignado honrar con su presencia el paseo favorito de la capital del mundo.

De pronto el estudiante le hizo observar que un grupo de bellísimas mujeres venía á encontrarse con ellos. Morajúa abandonó como por encanto su aire desdeñoso y distraído, imprimió á su fisonomía la expresión más placentera que pudo, se pasó las manos por el cabello para arreglar su peinado, y tomando una actitud tenoriana, dirigió sus miradas al punto indicado.

— Oh! exclamó, Adela, Eloísa, Enriqueta, Julia, no creía volveros á encontrar! Ratos muy agradables he pasado en vuestra compañía, pero ya estoy harto de vuestro amor. Amigo mío, agregó dirigiéndose á su paisano y parodiando á Zorrilla, has de saber que,

Desde la princesa real
hasta la hija del pastor,
ha recorrido mi amor
toda la escala social.

Esto último lo dijo Morajúa en un tono tan despreciativo, que el estudiante quedó asombrado, dudando si sería loco ó cuerdo el que en tales términos se expresaba.

Por fortuna las señoras aludidas no entendieron lo que Morajúa había dicho, ó si lo entendieron no podían ni siquiera presumir que á ellas se dirigiera una persona que les era completamente desconocida y á quien veían por primera vez.

El paseo tocaba á su término y se trataba ya del regreso, cuando Morajúa distinguió, á poca distancia de su carruaje, una dama que se paseaba con su doncella. Obedeciendo á su manía de ver en cada hija de Eva sus pasadas conquistas amorosas, dijo á su paisano:

—¿Ves, querido amigo, esa preciosa criatura que se pasea cerca de aquel grupo de árboles? Es la condesa de Altos-Montes, mi última conquista. Quedó inconsolable cuando la abandoné, y recuerdo que en la última carta que me escribió me amenazaba con quitarse la vida si no le devolvía mi cariño. Voy á saludarla y al mismo tiempo procuraré consolarla un poco.

Decir esto y bajar del coche fué obra de un instante. Morajúa se acercó á la supuesta condesa y adoptando los modales desenvueltos y atrevidos que acostumbran los leones y libertinos de París, la tomó del brazo y la dirigió un cumplido que creyó del mejor gusto. La señora se asustó de tan brusca arremetida y lanzó un grito llaman-

do á su doncella, al mismo tiempo que procuraba desahucarse; grito y susto que el sencillo doctor tomó como una manifestación de cariño. La doncella que vio á su señora luchando con un hombre desconocido, gritó á su vez diciendo ¡ladrones! ¡ladrones! ¡socorro!, y cuando Morajúa menos lo esperaba se vio cogido del cogote por un hombre alto y fornido que le intimó prisión en nombre de la ley.

El estudiante, que había presenciado la escena, se rió al principio de la aventura; mas viendo á su paisano en tan crítica situación, tomó su defensa con calor y explicó al agente de policía el carácter atolondrado y vanidoso de nuestro doctor, asegurándole al mismo tiempo que había sido víctima de una lamentable equivocación, pues que por su calidad de extranjero no podía estar al corriente de la diferencia de costumbres entre franceses y salvadoreños, en cuanto á la manera y forma de dirigirse á las señoras.

Con semejante explicación nuestro país no quedó muy bien parado; pero el travieso estudiante quiso salvar á Morajúa aun á costa de la verdad; y preciso es perdonarlo en gracia de su buena intención.

El agente, observando que la supuesta condesa de Altos Montes no había perdido ninguna de sus joyas, aceptó como plausibles las explicaciones del estudiante y no tuvo inconveniente en dejar á Morajúa en libertad, recomendándole empero que en lo sucesivo fuera más cauto y prudente, y sobre todo, que abandonara la creencia de que las costumbres de El Salvador eran iguales á las de los países civilizados.

Morajúa, triste y mohino, dio las gracias á su paisano por su oportuna intervención.

—Las costumbres francesas, agregó, no son culpas ni decentes: estoy ya cansado de este país y quiero regresar á mi patria querida. Todo lo he visto, todo lo he estudiado y de todo he gozado. Mis paisanos y amigos de El Salvador me escriben que mi presencia les es necesaria y que la ciencia reclama mi concurso en el pe-

dazo de tierra que tiene la gloria de contarme entre sus hijos predilectos. Mis maletas están arregladas y parto mañana mismo; pero antes de verificar mi viaje te suplico, querido paisano, que me acompañes al cementerio del padre La Chaise, donde duermen el sueño eterno los restos mortales de Abelardo y Eloísa: quiero dirigirles un saludo á esos amantes desgraciados.

El estudiante se pasó las manos por los ojos aparentando que lloraba, y acompañó á su paisano al cementerio.

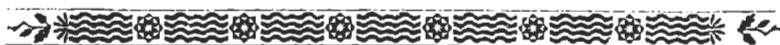
Obtenido el permiso correspondiente, Morajúa se hizo conducir al monumento fúnebre del célebre eunuco.

Morajúa se descubrió, hincó una rodilla en tierra, y entre lágrimas y sollozos dijo:

—Oh! Abelardo! Abelardo!, también como tú he amado; también como tú he sufrido los tormentos, las angustias y los dolores que como triste cortejo lleva consigo una pasión desgraciada!

Morajúa no pudo continuar: inclinó la cabeza y un mar de lágrimas inundó su rostro.

Compadecido el estudiante, le suplicó se levantara, le prodigó sus consuelos, y se despidió de él recomendándole resignación y deseándole feliz viaje.



CAPITULO VII

UN COCHERO POCO SUFRIDO.

Al siguiente día de la escena que hemos referido, Morajúa se puso en marcha y llegó al Salvador un mes después, habiendo estado cuatro ausente de su patria.

Morajúa creyó conveniente y de buen tono olvidar su propio idioma al pisar las playas salvadoreñas, y mezclaba en la conversación palabras francesas y afrancesadas de las pocas que había aprendido, para demostrar hasta á los más ignorantes que él, el gran Morajúa, había estado ausente por muchos años de su país natal. El cochero que lo conducía á esta ciudad se llamaba Pedro Manzanillos: de genio poco sufrido, estaba furioso contra el viajero, no tanto por sus palabras afrancesadas, cuanto porque, durante el viaje, se había permitido poner defectos á su coche, haciendo comparaciones nada ventajosas para su empresa de diligencias.

—*Moi*, decía, *estar acostumbrado á cochés magnifiques y no poder soportar esta calesa. Moi recordar que la princesa de Altos Montes tener un landó superbe que causaba la admiración de las gentes comme il faut. Eh! cochier, arrea tus caballos y moi darte una buena propina.*

—Caballero, contestó el ya amostazado Manzanillos,

si U. no está contento de mi coche puede bajarse por donde ha subido, y continuar su viaje de la manera que le acomode.

Morajúa no creyó prudente seguir el consejo del cochero, y no bastando á éste la contestación un poco irrespetuosa que le había dado, quiso saciar su venganza dando un buen susto al ilustre viajero.

Bajaba el coche una pendiente sembrada de piedras y cubierta de hoyos, cosa muy frecuente en el camino de La Libertad. Manzanillos aprovechó la ocasión y dio un fuerte latigazo á los caballos. El coche rodó como una avalancha dando saltos tales, que el infeliz Morajúa, no pudiendo sostener el equilibrio, rebotaba en todas direcciones hasta que cayó de bruces cerca del cochero, á quien consiguió agarrar de la parte trasera. En esta posición comenzó á gritar desaforadamente pidiendo socorro, mientras sus crispados dedos se encajaban cada vez más en las posaderas de Manzanillos.

El dolor causado por las uñas de Morajúa y el peligro que el coche corría de hacerse pedazos, determinaron á Manzanillos á detenerse, lo que verificó con su habilidad acostumbrada.

—Mocito, dijo al magullado doctor, ya ves que mi coche es sólido, y esta aventura te enseñará á no confundir un landó de paseo con una diligencia de camino.

Manzanillos ni siquiera se fijó en que se permitía tutear á todo un doctor de aquende los mares, y Morajúa fué más sensible á esta falta de respeto que al dolor que le causaban las contusiones recibidas en su forzado juego de pelota. La prudencia le aconsejó ser más humilde con un cochero que se permitía tales libertades.

Dos horas después llegaron á esta ciudad.

Morajúa cobró ánimos creyéndose á cubierto de lasexcentricidades de Manzanillos, y le dio orden de conducirlo al mejor *hótel* de San Salvador. Pasaban á la sazón frente al "Hotel del Parque", y el cochero tanto por estar cerca de su casa como por desembarazarse de Morajúa lo más pronto posible, le indicó que bajase y que

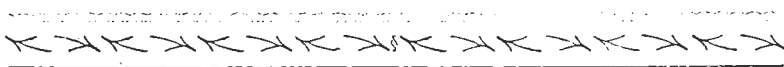
preguntara por el *chato* Felipe para que le diera *posada*.

Morajúa descendió del coche, y al poner el pie en tierra sacó una moneda de cinco francos, que arrojó al cochero diciéndole:

—Toma chico tú propina, *pour boire*.

—¡Miren el mocoso insolente!, replicó furioso Manzanillos. Hace cuatro meses que estás ausente de tu pueblo y ya has olvidado sus costumbres. Toma, agregó, tus cinco francos, para que pagues un maestro de escuela que te haga recordar el español.

Dijo, y tomando la moneda, la tiró con fuerza á la cabeza de Morajúa: éste pudo evitar el golpe y entró precipitadamente en el hotel, temeroso de un atropello parecido al del juego de pelota.



CAPITULO VIII

JUSTA INDIGNACIÓN DE MORAJÚA.

Al llegar al patio nuestro héroe gritó diciendo:

—Eh! *garçon, dites moi* cuál es *ma chambre*: recoge *ma malle* y ponedme *toute de suite de l'eau*, para hacerme la *toilette*.

Los criados no entendían una palabra y se miraban unos á otros sin saber qué hacer, hasta que un señor gordo y de un vientre fenomenal avanza en medio del grupo y se dirige á Morajúa, quien á su vez reconoce al dueño del hotel. Repitióle su petición en mejor español y fué conducido á una de las mejores habitaciones del establecimiento.

Nada menos que dos horas necesitó Morajúa para lavarse, vestirse, peinarse y perfumarse. Concluida tan delicada é importante operación, sacó de la valija el retrato de la condesa de Altos Montes, y recostado muellamente en cómoda *mesedora*, lo contempló largo rato. Durante esa muda contemplación hondos suspiros salían de su pecho y ardientes lágrimas de sus ojos; y luego, limpiándose la boca con pañuelo de fina batista, besó aquella imagen querida diez veces, cincuenta veces, diciéndole mil primores y ternezas.

En esta guisa lo encontró el criado que iba á anunciarle que la sopa estaba servida.

— *Trés bien*, contestó el doctor.

— ¿Que traiga qué?, preguntó el criado.

— *Rien*, hombre, *rien*.

— No se encuentran ranas aquí, señor. Sólo en invierno se consiguen en Acelhuate.

En los labios del doctor se dibujó una sonrisa de lástima por la estupidez del criado.

— Dile á *non valet de chambre* que venga acá.

— Señor, Mr. Balette vende fiambres, pero dudo que pueda venir en este momento porque está ocupado en su almacén.

Morajúa lanzó una mirada de desprecio sobre el criado, y sin dignarse agregar una palabra más, dirigióse al comedor con paso lento y magestuoso.

Garçon, donnez moi de la viande, dijo al criado que tenía enfrente.

— Señor, hoy no toca la banda sino hasta el jueves por la noche, que es el día de retreta.

Desesperado Morajúa porque no le comprendían, tomó el partido de servirse solo. Después de los postres exigió que el café se le llevase á su cuarto.

Acostumbrado á tomar la achicoria que por café sirven en las fondas de París, encontró detestable el legítimo que le presentaron.

La cólera de Morajúa habría sido terrible y de fatales consecuencias para el fámulo, si en ese momento no acertara á llegar el travieso don Facundo Chaquín, que sabedor del regreso de Morajúa, no quería privarse del placer de divertirse un rato á costa suya.

— *Oh! mon cher ami*, exclamó Morajúa al ver á Chaquín, yo *tener beaucoup de plaisir de vous voir*. Siéntate *ici* y dame noticias de tu familia.

— Todos están buenos, señor doctor, y le suplican por mi medio tenga la bondad de pasar á casa para tener el gusto de verle.

— *Merci, merci*, querido Chaquín. Pronto *estar* contigo á tus órdenes.



CAPITULO XI

DESGRACIADO EN EL JUEGO AFORTUNADO EN AMORES.

Morajúa tomó su sombrero, y colgándose del brazo de su amigo, salieron á la calle.

—Dime *cher ami*, en qué *avénida* vive *Dárió*?

—¿Don Darío González? Vive en la calle del zanjón de la Zurita, señor doctor.

—¿Y qué *boulebard* es ese de la Zurita? *Hacer* tanto tiempo que yo *ausentarme* de San Salvador, que ya no *souvenirme* de nada.

—El zanjón de la Zurita, señor doctor. está situado en las afueras y al oriente de la población.

—Bien, bien, y ese palomar que *estar* en el centro de ese enrejadillo, ¿á quién pertenece?

—Es el kiosco del Parque Central (1) donde la banda toca por la noche algunas piezas de música para divertir á los paseantes.

—Oh! la *musique*, yo adoro la *musique*!

Y comenzó á cantar con voz cavernosa:

*Allons enfants de la patrie
Le jour de gloire est arrivé,
Contre nous*

[1] Hoy Parque Bolívar.

—Silencio! doctor. No me parece prudente que U. cante en la calle pública y con semejante entonación, si no quiere pasar por loco.

—Extraño, *mon ami*, que ustedes *estar* tan atrazados. En París canta *tout le monde*, y no se hace otra cosa que cantar y reír. *¡Quel joli pays!*

—Pues aquí no se acostumbra en la vía pública.

—Dime, *cher ami*, y esa casquilla que se distingue allá, ¿de quién es?

—Es el teatro nacional, señor doctor.

Morajúa hizo un gesto de desprecio.

—Señor doctor, aquí es mi casa, dijo Chaquín. Tenga U. la bondad de pasar adelante.

Ambos entraron á un salón decentemente amueblado. La familia de Chaquín jugaba á la lotería, y después de los saludos y presentaciones de costumbre, la dueña de la casa invitó á Morajúa á tomar parte en el juego.

—*Avec beaucoup de plaisir, madame.* Yo *ser* muy aficionado al juego. ¿Cuánto *valer* el cartón?—¿un franco?

—No doctor, contestó la señora, nosotros jugamos de *á medio*.

Morajúa sacó su portamonedas, y al colocar su puesta en la *polla* y tomar lo vuelto, profirió una exclamación de sorpresa y después una sonora carcajada que repercutió en todos los ámbitos del salón. Los concurrentes, sorprendidos, miraron á Morajúa como preguntándole la causa de tan extraña hilaridad.

Nuestro héroe había tomado un puñado de los *medios* y *reales* de la moneda cortada que entonces se usaba y que formaba la *polla*, y los examinaba con infantil curiosidad.

—¿Qué son estas *cortadillas*, *madame?*, preguntó dirigiéndose á la dueña de la casa.

—Es la moneda corriente en el país, señor doctor.

—Yo nunca *haber* visto más que moneda redonda y yo *mandar* á mis amigos de París unas cuantas de estas *cortadillas* para que las regalen al Museo del Louvre.

El juego continuó, y Morajúa tuvo la desgracia de perder hasta el último céntimo que llevaba.

—*Estar* muy desgraciado hoy. Otro día *tomar* la *revanche*.

—No es extraño, doctor, que sea Ud. desgraciado en el juego cuando es tan afortunado en amores. Tiene U. la fama de ser un conquistador irresistible.

—No tanto, *madame*, no tanto. *Haber* en esto algo de exageración.

Al decir estas palabras en un tono de falsa modestia, levantóse de su asiento y se despidió de la concurrencia, pidiendo órdenes para la ciudad de Suchitoto á donde pensaba dirigirse el siguiente día.

Allá lo encontraremos dentro de poco. Mientras tanto dejémosle caminar tranquilamente hacia el pueblo que lo vio nacer.



CAPITULO X

MORAJÚA EN SU PUEBLO.

Suchitoto es una bonita población situada á doce leguas de San Salvador. El clima es sano pero ardiente, sobre todo en el mes de mayo, época en que Morajúa hizo su triunfal entrada á su pueblo natal. Varios vecinos y conocidos vinieron á complimentarle por su feliz ingreso, y él recibía á todos con agrado dándose cierto aire de importancia, por cierto muy disculpable, si se atiende á que acababa de llevar á feliz término un largo viaje en que empleó sólo cuatro meses; pero él quería aparentar una ausencia de muchos años. A tal grado llevó esta obsesión, que preguntaba con mucho interés y con la mayor formalidad, por muchas personas que aseguraba haber dejado muy pequeñas y que á la fecha habían muerto de puro viejas. Esta inocente manía vino á sustituir en él á la de su lenguaje afrancesado, costumbre que olvidó al respirar los aires del lugar.

Entre los vecinos que llegaron á visitarle debemos contar á don Paco Machado, joven inteligente, reputado médico, muy amigo de la broma y de descubrir el lado ridículo de las cosas para dar pasto á los frecuentes chistes con que hace reir á sus amigos.

Don Paco había estado el día anterior en casa del

señor P...., y allí supo la historia aquella de los 2,500 francos entregados á Morajúa por Mr. Pectó. Ese mismo día el señor P.... había recibido una carta del último, acompañándole otra abierta dirigida al gran doctor de aquende y allende los mares, á quien le decía haber descubierto que el señor P.... no era su tío y que éste no le había dado autorización alguna para pedir aquellos fondos. Seguía después un cúmulo de frases durísimas, y concluía la carta con la amenaza de llevar á Morajúa á los tribunales si no solventaba inmediatamente su crédito.

La carta se leyó á presencia de don Paco, quien se encargó de llevarla á su destino después de haberle pegado la cubierta.

Al ver á don Paco se levantó Morajúa de su asiento, y dirigióse á recibirlo á la puerta con inimitable prosopopeya y arrastrando un poco los pies, según su costumbre.

—Cuánto me alegro de ver á U., joven, le dijo. Déme *razón* de su familia y principalmente de la *Chinta*.

—Gracias, doctor, no tiene novedad.

La *Chinta* era una viejecita que había nacido en el siglo XVIII, muy conocida en Suchitoto y á quien todo el mundo respetaba por su avanzada edad. Morajúa se permitía tutearla como á todos los viejos del lugar, no porque fuese mal educado sino para hacer creer que eran sus contemporáneos, que había dejado muy jóvenes al abandonar sus patrios lares.

—Recuerdo, joven, continuó Morajúa, que yo dejé á U. muy pequeñito: hoy vengo á encontrarlo hecho un hombre, y noto que ha cambiado bastante su fisonomía.

—Si señor doctor, también yo observo mucho cambio en U., debido quizá al tiempo considerable que ha transcurrido desde que nos privó de su presencia. Su cabello, y el elegante vestido que U. ha tenido el buen gusto de ponerse, dan á su persona un aire de distinción

7 Agosto.

que no habrá, estoy seguro de ello, ninguno que pueda igualársele.

Morajúa se pavoneó de satisfacción por el cumplido, y dirigió á su interlocutor una amable sonrisa.

Para comprender la profunda burla que encerraba la lisonja de don Paco, preciso es que ponga al corriente á mis lectores de ciertos detalles importantes.

Morajúa, para imitar á los médicos ingleses, se había dejado crecer el cabello de un modo extraordinario y sus espesas guedejas le cubrían completamente la nuca y parte de los hombros. Ya hemos dicho que lo cuidaba con mucho esmero, y sólo nos resta agregar que meneaba la cabeza con frecuencia para imprimir á su cabellera graciosas y coquetas ondulaciones. La blancura de la camisa era irreprochable: en ambos puños ostentaba unas mancuernillas que consistían en un par de argollas de tan colosal magnitud, como las que se usan para suspender las hamacas. Los botones de la pechera eran también argollas un poco más pequeñas, y unas y otras giraban arriba y abajo de tal suerte, que cuando Morajúa movía las manos ó se meneaba, chocaban con la camisa y producían un ruido semejante al que hace un montón de clavos de alambre arrojados sobre una mesa de mármol.

Después de un momento de conversación y cuando don Paco lo creyó oportuno, sacó la carta del bolsillo, manifestando á Morajúa que tenía encargo de entregársela.

Morajúa, al examinar el sobre, exclamó:

—¡Oh! mis amigos de París no me han olvidado. Reconozco la letra de Alfredo, mi compañero de aventuras, y estoy impaciente por saber lo que me dice. Pídanle á ustedes permiso, señores, para abrir esta carta.

Dijo, y sin aguardar la respuesta, rompió el sobre con impaciencia y se impuso del contenido de la misiva. Ningún músculo de la fisonomía de Morajúa se contrajo, ni el más ligero rubor coloreó su cara.

—Bien lo decía, señor don Paco, esta carta es de Al-

fredo y en ella me da noticias muy agradables é importantes de París. Agradezco á U., joven, haber sido portador de tan buenas nuevas.

Don Paco quedó admirado de la cachaza de Morajúa. Se había prometido una escena diferente, salpicada de juramentos, pataleos y raptos de cólera, y no podía explicarse la calma del doctor.

En ese momento llegó un jovencito á decir á Morajúa que su hermana Yuna lo esperaba para almorzar. Los circunstantes se despidieron, á excepción de don Paco, á quien suplicó Morajúa lo acompañase. Don Paco se excusaba como podía, pero tuvo al fin que ceder puesto que su casa quedaba en la misma dirección.

Eran las doce del día. Un calor sofocante obligaba á los vecinos de Suchitoto á cubrirse con ropas ligeras, y el mismo Morajúa, á pesar de su flacura, se limpiaba á cada instante el rostro inundado de sudor; pero deseando que sus paisanos formaran de él la idea más elevada posible, púsose el capote que le sirvió en París, cubrióse la cabeza con un gorro tinto, quitóse los botines substituyéndolos con unas chinelas de zacate, y en esta catadura comenzó á atravesar la plaza de la ciudad, meneando á todos lados la cabeza y haciendo un ruido infernal con las argollas de la camisa.

Las gentes salían á las puertas y ventanas para ver tan curioso espectáculo, y grupos de curiosos se aglomeraban en las esquinas y portales á contemplar el hecho raro, inaudito, de que un hombre por flaco y friolento que fuera, atravesase aquel espacio caldeado por los rayos verticales del sol, con capote de hule y gorro colorado, soportando un calor de sesenta grados centígrados.

El pobre don Paco, sudando á chorros y respirando con dificultad, suplicaba á Morajúa que apresurase el paso; pero sea que éste creyese que para imitar á los médicos ingleses no basta llevar el cabello largo sino también andar lo más despacio posible, ó bien que tomase la actitud de los curiosos como una manifestación de respeto y simpatía tributada á su persona, lo cierto es que

Morajúa se hizo el sordo á la súplica de su acompañante.

—Este debe ser el gran Morajúa, dijo un señor Borio, cubano de nacimiento, que se encontraba en uno de los grupos de curiosos.

—¿Cómo es posible, le preguntó don Tumas Palometa, que U. conozca á Morajúa, siendo U. un extranjero recién llegado á esta ciudad?

—Es muy sencillo, señor, satisfacer la curiosidad de U. Hace poco tiempo tuve necesidad de salir de Jamaica con dirección á los Estados Unidos, donde me llamaban mis negocios. A mi regreso á la isla supé que un doctor Morajúa había estado en ella pocos días antes, dejando en Kingston una reputación . . . envidiable. En Jamaica, como U. sabe, hay muchos emigrados cubanos que se encuentran sin trabajo y pereciendo de miseria. Este señor Morajúa se hizo pasar como un gran personaje, muy influyente en su país, y aun aseguró que era el alcalde de la grande y poderosa ciudad de Suchitoto. Ofreció su apoyo á las familias cubanas que quisieran trasladarse á esta República para fundar una colonia, y de esta manera consiguió seducir á muchos incautos que creyeron en sus palabras. Agradecida la sociedad de Kingston por semejante rasgo de generosidad, organizó un baile en obsequio del poderoso protector de aquellos desgraciados, fiesta á que asistió lo más selecto de la población. Los modales de Morajúa, su modo de presentarse en el salón de baile, su conversación y mil otros detalles que no podían escaparse á la penetración de mis paisanos, hicieron comprender á éstos la clase y calidad de la persona á quien obsequiaban. Esta opinión vino á confirmarse de un modo definitivo, cuando Morajúa se puso al piano y comenzó á cantar una canción *chinamesca* bastante subida de color. La reunión se disolvió como por ensalmo, en medio de las desacordes notas del piano y de los gritos y contorciones de Morajúa. Desde entonces ha quedado en Kingston tan profundamente grabado el tipo de Morajúa, que sin haberlo visto nunca hoy lo he reconocido en el acto.

Durante esta conversación Morajúa llegó á la casa de su hermana, y don Paco pudo escaparse renegando de su suerte y más colorado que un tomate, como suele vérselo.....*en circunstancias solemnes.*



CAPITULO XI.

LOS DIAGNÓSTICOS Y PRONÓSTICOS DE MORAJÚA.

Morajúa había regresado á su pueblo muy escaso de fondos, y le era necesario proporcionárselos á toda costa. El medio que empleó para llegar á ese práctico resultado fue pegar, en las paredes exteriores de su casa, unos grandes cartelones que le hizo el maestro de escuela, y que contenían el siguiente aviso:

“¡ GRAN ATRACCION!

¡ GRAN ATRACCION!

En este palacio vive el doctor Morajúa, vencedor del célebre Corneil!

Ha sorprendido todos los secretos de la ciencia y no hay enfermedad que le aguante!

Dispone de un instrumental de lo más moderno y de su exclusiva invención!

Es especialista en *catarros crónicos*.

¡ OCURRID! ¡ OCURRID!

Horas de consulta: todo el día.”

El singular cartel produjo algún efecto y comenzaron á llegar algunos clientes de los caseríos vecinos. Es verdad que la tarifa no era muy elevada pues nunca excedía de media peseta, y de vez en cuando caían como ajuste unas cuantas mazorcas de maiz ó un *puño* de frijoles.

El negocito no iba tan mal y le habría bastado á Morajúa para un modesto pasar, si el hado adverso no hubiera dispuesto otra cosa.

Un día llegaron á buscarlo para asistir á una enferma atacada de fiebre. Era la esposa de uno de los principales de Suchitoto.

Morajúa se encasquetó el gorro *colorado*, púsose el capote de hule y colocando bajo el brazo un texto de Terapéutica del año de 1710, dirigióse á la casa de la paciente. Tomóla el pulso, examinóle la lengua, se hizo mostrar los orines y arrugó el entrecejo. Los síntomas le parecieron muy graves.

De qué le ha venido esto, señor, preguntó al marido.

—Lo ignoro señor, aunque talvez.....

—A ver! á ver!, ¿qué es lo que U. cree? Al médico debe decirsele todo.

—Ayer fuimos á pasear al río Lempa y compramos varias *palometas* á unos pescadores y mi mujer se comió seis, porque ha de saber U. que le gustan mucho.

—Pues entonces, dijo Morajúa, lo que tiene su esposa es una *pescaditis*. Ya lo había yo descubierto al examinar los orines.

—Más bien creo, señor, que es una *sandiitis*, porque después de las *palometas* mi mujer se comió tres *sandías de una sentada*.

—Puede ser, exclamó Morajúa, que la *pescaditis* se haya complicado con la *sandiitis*, cosa que con frecuencia he notado en mi larga práctica. Y es muy natural, porque el aceite esencial de la semilla de sandía, mezclado con las tripas de pescado, produce una combinación química muy nociva á la salud.

—Pero señor, si mi mujer no se tragó las semillas y destripó bien el pescado. ¿Cómo puede U. suponer...?

—La ciencia no se engaña, amiguito, y el diagnóstico está claro. Pero no tenga U. cuidado que yo le curaré á su mujer de la manera más sencilla, y le pronostico desde ahora un pronto restablecimiento.

Morajúa quedó un instante pensativo, con el dedo índice sobre la frente. Luego, con brusco movimiento, inclinó la cabeza hacia atrás, peinóse con la mano la melena, sacudióse con la idem la pechera, y dirigióse resuelto al escritorio. Abrió el libro de Terapéutica, buscó las recetas para curar las indigestiones, las copió todas en la misma prescripción, y entregando el papel al marido le dijo:

—Mande U. por ésto á la botica y que la enferma lo tome inmediatamente.

—¿Por cucharadas señor?

—No, todo de una vez, y que vayan á avisarme el efecto que produce.

—Bien, doctor, y muchas gracias por su amabilidad.

Morajúa se puso de nuevo la gorra y el capote, y salió de la estancia con la mirada altiva y el semblante desdeñoso.

Un cuarto de hora después unos gritos desgarradores que partían de la casa de la enferma, alarmaron al vecindario. Don Paco Machado, que se hallaba cerca, fué de los primeros en llegar al lugar del suceso.

—Qué pasa aquí?, preguntó al marido que estaba hecho un mar de lágrimas.

—¡Que se me muere mi mujer, señor don Paco, que se me muere sin remedio! Ha echado hasta las tripas.

—Y qué médico la ha asistido?

—El doctor Morajúa, que acaba de salir de aquí dejando una receta.

—Desearía ver esa receta.

Mientras tanto la pobre mujer seguía vomitando. Un lago de sangre, mezclado con pedazos de entrañas, inundaba el cuarto de la moribunda.

Don Paco, al leer la receta, no pudo disimular su asombro.

—Su esposa no tiene remedio, dijo al marido.

—¿Será posible señor? ¡Perder á la compañera de mi vida, á la madre de mis hijos, á la esposa modelo! ¡Sálvela U. don Paco, U. que es buen médico y mi excelente amigo; sálvela U. y mi reconocimiento será eterno!

—¿Y cómo quiere U. que la salve si la han hecho tomar todo lo que indica esta receta?

—¿Y qué es lo que contiene esa receta?

—Nada menos que todas las fórmulas de los vómitos más enérgicos que aconseja la Terapéutica, de suerte que en vez de uno la infeliz ha tomado más de veinticinco. Ni un elefante podría resistir semejante tratamiento.

Y como para dar la razón á don Paco, la cliente de Morajúa exhaló en aquel instante el último suspiro.



CAPITULO XII

MORAJÚA POLÍTICO Y PERIODISTA.

El desagradable incidente que hemos referido hizo emigrar de Suchitoto á nuestro héroe, porque lo perseguía la justicia. A Morajúa no le quedó otro recurso que buscar la protección del Presidente de la República, que á la sazón daba los pasos necesarios para continuar en el mando, y acogió al prófugo con júbilo, bendiciendo al cielo por haberle deparado tan prestigioso partidario.

Morajúa inició los trabajos reeleccionarios con mucho denuedo, y fundó un periódico que bautizó con el nombre de "El Cohetillo" en que colaboraban un General, un Ministro y muchos otros altos personajes. ¡Qué nervio! ¡qué energía! ¡qué galanura en el decir! ¡qué pulcritud en el lenguaje!—Los adversarios de Morajúa quedaron aplastados porque les demostró que ellos, los intransigentes, los enemigos del Gobierno de leyes y de pureza administrativa de que gozábamos, eran unos bandidos, ladrones, borrachos, desgraciados, almas en pena, tizones del infierno y otras lindezas por el estilo. El éxito fué colosal, y la prueba de que el periodista tenía razón no pudo ser más contundente: el Presidente susodicho siguió mandando por cuatro años más.

Morajúa alcanzó de un salto los últimos escalones

de la fama y gozó desde entonces de la privanza y generosidad del genuino representante de la pureza administrativa y celoso guardián de las libertades públicas. Fué electo diputado repetidas veces, y estaba á punto de ser Ministro cuando una ola revolucionaria tumbó á su protector y con él la justa fama de nuestro héroe. La justicia, que no se había atrevido á poner manos sobre el protegido del señor Presidente, tuvo la osadía de mandarlo á la cárcel por el asunto de los vomitivos, de donde pudo salir porque su defensor consiguió probar que era un loco pacífico, con monomanías del público bien conocidas.

Desde entonces Morajúa, impotente para luchar con la mala suerte, padece de profunda *melancolía*, y ha encontrado en los brazos del dios Baco un lenitivo á sus dolores.

¿Quién es capaz de reconocer en ese que pasa por la calle, cruzando las piernas, los ojos inyectados y con la boca abierta, al simpático, al gracioso Morajúa, gloria imperecedera de nuestra patria? Así es el mundo de ingrato y olvidadizo. Por eso yo me he atrevido á trazar, con mi tosca pluma, las ínclitas hazañas de varón tan preclaro, para que á las futuras generaciones sirvan de ejemplo digno de imitarse, ya que la presente no sabe apreciar el tesoro que escondido se encuentra en una de nuestras ciudades principales.

—FIN DE LAS AVENTURAS DEL GRAN MORAJUA.—



EN LA CANCHA DE GALLOS. (1896)

Hace algunos años que, entre mis conocidos de San Salvador, contaba al maestro Bonifacio Cerón, carpintero de oficio, que aunque muy honrado en sus negocios, jamás entregaba una obra el día convenido. A la verdad, tal defecto es general en todos los artesanos de mi país, y no hay razón alguna para que el maestro Bonifacio fuera una excepción á la regla general.

Habíale encargado la compostura de una cómoda, trabajo que ofreció hacer en el siguiente día; y como trascurrieran varios sin que el mueble volviera á mi casa por más recados que al maestro mandaba, me pareció mejor reclamarlo personalmente.

Encontré en el obrador á dos muchachos aprendices, que habían abandonado la garlopa y el serrucho para dar de comer á dos gallos que amarrados estaban á las patas de una cama en construcción. Pregunté á los rapaces por su maestro, y uno de ellos me indicó que estaba en el patio *asoleando* sus pollos de raza. Fuíme allá, y en efecto encontré al maestro Bonifacio rodeado como de veinticinco gallos que tomaban el sol, sujetos en estacas enclavadas en el suelo.

—Maestro, le dije, supongo que ya habrá U. compuesto mi cómoda.

—Ah! señor, si *viera* que he estado muy ocupado y

no he tenido tiempo de hacer ese *trabajito*; pero le ofrezco que el sábado de esta semana la tendrá en su *posada*.

Y al mismo tiempo que así me hablaba se entretenía en sobar suavemente la golilla de un hermoso gallo negro, cuyas relucientes plumas eran tan largas que las de la parte trasera casi llegaban al suelo.

—Vea don Enrique, continuó, que animal tan fino. Le he puesto *Peludo* por la forma de su plumaje, y es hijo del gran gallo *chile-quemado* que hizo novedad en el *patio* el año pasado y que tuvo veinte *alzos*. Como ya no le *echaban* gallo, lo soltaron con una gallina panameña y yo pude conseguir dos huevos que me costaron cinco pesos. El *Peludo* tiene ya tres *topas* y juega *igualmente* al *tata*: se lanza como *chucho* con rabia sobre su contrario, y sin darle tiempo para defenderse, lo hace *árganas* con el pico y las patas. Aquel *zambo* cola blanca que está cerca del *giro*, lo *eché* el domingo pasado con doscientos pesos y salió *limpio*; el *melcocho* que canta en este momento, juega *por bajo* y *mete* la pata sin levantarse del suelo, *agarra* al contrario en el momento oportuno, y no lo suelta hasta que lo ve *pegar el pico*; pero el *malatova* que está en la última estaca es un verdadero prodigio: no se *menéa* del puesto aunque el otro lo provoque; deja que el contrario esté *zás! zás!*, pasa que pasa, sin tener otro trabajo que voltearse, y cuando *consiente* que se ha cansado *pega* un *volido* y lo hace un *tanate*; aquel *brilique*.....

—Pero maestro, me está U. hablando en griego, pues maldito lo que yo entiendo de gallos, aunque sí le confieso que me gustan mucho en arroz ó en chicha. Lo que me importa, por ahora, es que U. vaya á trabajar en mi cómoda, porque mucha falta me está haciendo.

—Ya voy, no tenga U. cuidado don Enrique, que yo soy un hombre muy *cabal*. Pues como le iba diciendo, aquel *copales*.....

—Maestro, dijo asomando la cabeza uno de los aprendices, aquí viene ño *Chico* por la cama.

—*Decile* que he estado muy ocupado y que mañana se la mando sin falta.

—Maestro, dijo el otro, *ñä* Petrona manda decir que si *al fin* le paga los veinte pesos.

—*Decile* que hoy estoy un poco *atrasado* y que mande la semana que entra. ¡Maldita vieja, tanto que me ha molestado!

—¿Y de qué procede la deuda, maestro Bonifacio?

—De *mantención* don Enrique. Cierto que le debo ese *pistillo* desde hace tiempo, pero tengo seguridad que el domingo *me* gano con mis gallos *mis* doscientos pesos, y *salgo* de ese *piquito* y de otros que me están *acribillando*, porque yo soy un hombre muy *cabal* y no niego lo que debo.

—Pero maestro, no basta confesar lo que se debe, sino pagar á su debido tiempo.

—Convengo don Enrique, pero ya verá cómo de *esta* *hecha* me *enderezo*. Venga U. al *patio* el domingo y apueste á mis gallos, porque son tan buenos que es *imposible* que pierdan.

Salí del taller del maestro Bonifacio poseído de profunda tristeza. ¿Cómo es posible, me decía, que un hombre tan hábil en su oficio abandone el *trabajo* para dedicarse á cuidar gallos, y aventure sus pequeños ahorros en el más bárbaro de los juegos que nuestros abuelos nos legaron?

La mala educación que el pueblo recibe y la falta de distracciones cultas y honestas, inclina á nuestra clase obrera á contraer hábitos perjudiciales, y como tiene además el ejemplo de la clase elevada, pues la cancha de gallos ha sido frecuentada por presidentes, ministros, magistrados, jueces, banqueros, comerciantes y demás gente de pro, no debe extrañarse que un humilde carpintero como el maestro Bonifacio, haya querido imitar á los que creía superiores en poder é inteligencia.

A pesar de la viva repugnancia que me ha inspirado siempre el juego de gallos, la curiosidad, y más que todo, el interés que me inspiraba el maestro Bonifacio,

me decidieron á aceptar su invitación, y busqué de padrino y cicerone á un antiguo general, gallero famoso aunque retirado del oficio, porque me daba vergüenza llegar solo á semejante lugar.

Lo primero que se observa al entrar á la cancha de gallos es una galera medió derrengada donde se ha construido una especie de circo de tablas mal unidas; y concéntrica al circo una rústica galería donde se colocan los espectadores. Los puestos que éstos ocupan son de distinta categoría, pues los hay de diferentes precios, tan cierto es que el dinero da una especie de nobleza y distinción aun en la práctica del vicio. Los que más pagan se creen superiores á los otros, sin ocurrírseles siquiera que en el hecho se ponen al mismo nivel del bajo pueblo, desde el momento que frecuentan é imitan sus malas costumbres.

Los jugadores llegaban en grupos considerables. Muchos llevaban uno ó dos gallos que amarraban en cualquier parte, ó los introducían al circo para buscarles *casada*; unos formaban corrillos y hablaban en voz baja y misteriosa, y otros recorrían el circo inspeccionando los gallos destinados á la pelea.

El canto de los animales, las discusiones de los jugadores, las bromas soeces, las carcajadas, y el ir y venir de tanta gente que se movía en tan reducido espacio, producían un ruido espantoso capaz de críspar los nervios al más flemático.

No esperaba ver en tal lugar tanta cara conocida.

Allí estaba el doctor don Silvestre Pelesnez, que ocupaba entonces un elevado puesto en la administración pública, y á quien el día anterior había le suplicado el pronto despacho de un asunto, pendiente hacía varios años. Hombre como de cuarenta y dos años, moreno el cutis, cabello largo y recio, bigote espeso y respetable, hermosísimos *chagales*, cejas pobladas, frente espaciosa, nariz gruesa y ligeramente encorvada, corbata roja, chaleco desabrochado, pantalón y levita azules y sombrero junco medio ladeado hacia la derecha; tales eran las se-

ñales prominentes de nuestro personaje, que colocado de cuclillas y teniendo bajo la planta del pie el cordel que sujetaba al *Peludo*, inspeccionaba otro gallo que le ofrecían de *casada*. No creo que el digno funcionario, para resolver un asunto de importancia, haya puesto tanta atención como la que demostraba en el examen del bipe-do que le proponían para el suyo.

Ahí vi á un Juez de 1ª instancia, alternando amigablemente con un individuo que la víspera había salido de la prisión por haber cumplido la condena.

Ahí vi á un Ministro y á un Sub-secretario de Estado, codeándose familiarmente con sus empleados subalternos.

Ahí vi comerciantes, agricultores, agiotistas, banqueros y hombres de letras, en democrática confusión con jornaleros, artesanos y demás gente menuda.

Ahí vi lo más alto y lo más abyecto que nuestra sociedad encierra en su seno.

Y allí conocí al célebre bandido Bibián Ponce, extraído de la cárcel por su compadre el alcaide, para que fuera á mitigar sus penas apostando á los gallos el fruto de sus rapiñas. (1)

Busqué con la vista al maestro Bonifacio y le hice seña de que se aproximara.

—Ha *casado* U. sus gallos?, le pregunté.

—Casi todos los va á jugar don Silvestre Pelésnez. El *Peludo* que está *casando* es uno de mis mejores gallos y la pelea va á ser magnífica. Yo le indiqué que *echáramos* primero el *zambo*, pero se empeñó en que fuera el *Peludo*, y como el doctor es muy entendido en la materia no tuve inconveniente en darle gusto.

El maestro Bonifacio se retiró con el semblante alegre y el General me dijo:

—Todos los galleros tienen la creencia de que sus

[1] Histórico.

gallos son los mejores, hasta que una triste experiencia los desengaña que á un gallo, por bueno que sea, le gana otro inferior. Atribuyen entonces su mala suerte á mil causas, algunas bastante absurdas, pero que no por eso dejan de admitirse como axiomas entre los jugadores. Que el gallo se desveló la víspera á causa de una fiesta que hubo en el vecindario; que se *engallotó* porque cerca de él pasó una gallina; que la última *topa* fué muy prolongada ó muy corta; que no se tuvo presente que le *alzaba pelo* á los gallos *chilequemados* porque el que lo hizo correr en la primera *topa* tenía el mismo color; que en vez de maíz amarillo se le dio á comer del blanco, y así otras muchas majaderías que yo creía como verdades evidentes.

—He oído decir, mi General, que en el juego de gallos se emplea muchas veces la mala fe, lo que á primera vista parece imposible.

—Varios hechos he presenciado que confirman esa creencia. Hace pocos años tuvimos un Presidente muy aficionado á todos los juegos, y un sujeto que se decía amigo suyo, le ponderó como excelente un *dos pelos* que en su *gallera* tenía, asegurándole que podía *echarlo* con la cantidad que quisiera. El famoso gallo se corrió *limpio* al primer tiro.

—Estaría desvelado.

—Puede ser, porque el amigo aquél había estado de *parranda* la noche anterior; pero la verdad es que el Presidente se puso furioso, y poco faltó para que le diera una paliza cuando averiguó que el dueño del gallo había apostado en contra.

—Malas pulgas le picaban á ese señor Presidente.

—Cuando se está *casando* un gallo se da muchas veces á *pulso*, es decir, se entrega al jugador para que calcule su peso, circunstancia que aprovecha para darle un fuerte apretón debajo de las alas y lastimarlo con las uñas, y aun ha habido personas que hayan puesto veneno en la punta de la navaja. Los *topetones* proporcionan otro medio de engañar.

—Y á qué llaman *topetones*?

—El dueño de dos gallos malos ó que se suponen tales, propone que el jugador escoja el que más le agrade para que pelee con el otro, y en este caso la apuesta es de poco dinero.

—No comprendo que en eso pueda haber mala fe.

—Es muy sencillo, amigo mío. Figúrese que una persona tiene un gallo muy bueno y otro muy malo, cuyo modo de pelear conoce perfectamente, y los da á un tercero, con quien se pone de acuerdo para que los juegue de *topetón*. Apuesta por *fuera* al gallo bueno con las personas que no conocen á uno y otro, teniendo así la casi seguridad de ganar, é importándole poco perder la pequeña cantidad que va por *dentro*. Si el *topetón* no se ajusta, procura que el gallo bueno sea *casado* con el malo, para lo cual se vale de otro compadre.

El sonido de una campanilla interrumpió nuestra conversación.

—¿Qué significa eso mi General?

—Anuncian que está concertada una pelea.

Dirigí la vista al interior del circo y observé que el maestro Bonifacio tenía al *Peludo* recostado sobre el pecho, sujeta con una mano la pata derecha del bípedo, y la izquierda sostenida horizontalmente para que le amarraran la navaja. El doctor Pelésnez se colocó frente al gallo, sacó del bolsillo de la levita un estuche que contenía varias cuchillas corvas de agudísima punta, terminadas por el otro extremo, formando un codo, en dos piernas delgadas en figura de horquilla; escogió con mucho cuidado la que por su tamaño y peso convenía, y le probó la punta picándose con ella los músculos palmarios. Satisfecho de su exámen, extrajo del bolsillo del pantalón una sierrita muy fina, un *cuerito* rectangular con un agujero en el medio, y un delgado cordel de cáñamo. Cortó con la sierra un pedazo de espolón al *Peludo*, mojó con la lengua el reverso del cuero, envolvió con él la pata izquierda del animal, introduciendo en el agujero el mutilado espolón, y comenzó el amarre.

Amarrar bien una navaja de gallo debe ser cosa peliaguda, porque el honorable funcionario, después de dar varias vueltas al cordel, se inclinaba un poco, cerraba el ojo izquierdo, y frunciendo los párpados del derecho, dirigía la visual á la punta de la navaja, que quizá debía corresponder á cierta parte ósea de la pata del *Peludo*.

Concluida tan delicada operación, el Dr. Pelésnez estiró los dedos del animal, puso á la navaja una vaina de cuero, tomó el gallo, y lo colocó en el suelo con mucho primor.

Al *Peludo* quizás le estorbaba aquel aditamento que le habían puesto, porque comenzó á picotear la pita que amarrada tenía, y viendo la inutilidad de sus esfuerzos levantó orgullosamente la cabeza, batió las alas, y encorvando el pescuezo, soltó un *qui-quiri-quí* tan sonoro, que el doctor Pelésnez y el maestro Bonifacio se sobaron las manos en señal de contento.

Ambos contendientes estaban listos. El del *Peludo* era un hermoso gallo blanco; que su dueño colocó á algunas varas de distancia del contrario. Sonó nuevamente la campanilla, y la gente salió del circo, quedando únicamente en el interior los dos gallos, los dos jugadores y el juez del patio.

El maestro Bonifacio, un poco pálido, fué á sentarse á mi lado y comenzaron las apuestas que los jugadores hacían á gritos y con desaforados ademanes.

—Veinte pesos al *blanco*!

—Pago los veinte al *Peludo*!

—Voy diez al *blanco*!

—Cojo cinco al *Peludo*!

—Me descaso.

—Pongo treinta pesos al *blanco*!

—Cojo los treinta pesos, dijo el maestro Bonifacio.

¿Qué significa eso de *coger* y *poner*?, pregunté al General.

—El que *pone* debe pagar, si *pierde*, toda la cantidad apostada, y si *gana* recibe menos en una proporción ya conocida.

El doctor Pelésnez se acercó al maestro Bonifacio y le pidió uno de los gallos que cuidaban sus aprendices.

—Van á pelear tres gallos?, dije al maestro.

—No, don Enrique, ese va á servir para hacer *chinga*.

El doctor cogió el gallo *chinguero* por el medio del cuerpo, sujetándole las alas con las manos, y lo pasó varias veces muy cerca de la cabeza del *Peludo*: éste, con la golilla alzada, arremetía al *chinguero*, que el doctor levantaba en el momento oportuno para ponerlo fuera de peligro. Igual operación hizo el otro jugador con su gallo.

Después de la *chinga* las apuestas se multiplicaron, y aquello se convirtió en una verdadera Babilonia. El Ministro apostaba con su portero; el Juez con su Secretario; los señores de levita, que ocupaban lo que pudiéramos llamar palcos de aquel teatro de nueva especie, apostaban con los del populacho que enfrente de sí tenían, y don Silvestre Pelésnez con todo el mundo.

Un joven alto y flaco era el que más se distinguía por la magnitud de sus apuestas. Creyéndome del oficio me propuso doscientos pesos al *blanco* contra el *Peludo*.

—Acepte, me dijo el maestro Bonifacio, que la ganancia es segura, Yo voy por ~~dentro veinticinco~~ pesos, y por *fuera* he apostado mucho más.

—No estoy loco, maestro, para aventurar esa suma á la pata de un gallo, por más que ese gallo sea el gran *Peludo*.

La palabra *loco* parece que no agradó al joven flaco, porque me hizo una mueca y dirigióse á otro lado.

—Por qué se habrá disgustado ese caballero?, pregunté al General.

—Porque U. mentó la soga en casa del ahorcado. A ese joven le llaman *loco*, no porque lo sea, sino por su audacia para apostar, y veces ha habido que gane miles de pesos para perder el doble un día después. Por lo demás, es un excelente muchacho incapaz de hacer mal á nadie.

Los jugadores del circo levantaron los gallos y los aproximaron para que se picotearan, hecho lo cual los colocaron en el suelo, desnudas las navajas y á pocos pasos de distancia.

Los animales se aproximaron lentamente en actitud provocativa, y fué el *Peludo* quien atacó primero, levantándose como á una vara de altura: el *blanco* correspondió el ataque y ambos se encontraron en el aire, hiriéndose recíprocamente. Siguiéronse otros encuentros, durante los cuales era de verse al doctor Pelésnez corriendo de aquí para allá, para inspeccionar su gallo. Hubo un momento en que se puso en *cuatro pies*, con la cara pegada al suelo, las posaderas al aire, los *chagales* batiendo el polvo y la vista fija en la navaja del *Peludo*.

Un largo reguero de *sangre* marcaba el camino de la pelea, y las plumas de aquellos pobres animales, víctimas de su instinto belicoso, volaban en todos sentidos arrastradas por el viento y en direcciones caprichosas.

Las apuestas habían cesado y un silencio relativo reinaba entre aquella apiñada muchedumbre, y sólo de vez en cuando llegaban á mis oídos exclamaciones extrañas.

—¡Vé que patada tan bien dada!

—¡Adentro! *Peludo*.

—El *blanco* está herido de la pechuga!

—Se *soplaron* al *Peludo*!

Y los jugadores se alegraban ó entristecían á cada golpe que daba ó recibía el gallo de su elección.

El estado del *Peludo* causaba lástima. Chorros de sangre salían de su cuerpo; y las alas caídas, el pico inclinado y la golilla recogida, indicaban su próximo fin. El *blanco* frente á frente, *descordado* de la pata derecha y echando sangre por el pico, tampoco estaba en actitud de continuar la lucha. Así trascurrieron algunos instantes de verdadera angustia para los espectadores y especialmente para el maestro Bonifacio, que recostado de pechos sobre el circo, contemplaba con tristeza la agonía de su gallo predilecto.

No pudiendo el *Peludo* aguantar más, se echó sobre sus patas, inclinó la cabeza, y pocos segundos después tocó el suelo con el pico. Sonó de nuevo la campanilla anunciando el fin de la pelea: una salva de aplausos y unas cuantas frases de despecho fué la única oración fúnebre del infeliz *Peludo*, á quien el maestro Bonifacio cogió con furia de las patas y arrojó á un rincón.

El interior del circo se llenó de nuevo de gallos y galleros, la gritería continuó como al principio, y yo me apresuré á salir de aquel infierno, arrepentido de mi curiosidad.

Ocho días después supe que el maestro Bonifacio había perdido una fuerte suma, y que para pagar las deudas que había contraído tenía embargados el obrador y algunos muebles. Mi cómoda estaba comprendida en el embargo, y no resignándome á perderla me puse á caza del maestro Bonifacio, á quien, después de muchas pesquisas, encontré en una carpintería de tercer orden, donde se había acomodado como oficial. Cuando le hablé del asunto me dijo:

—No tenga U. cuidado don Enrique, yo soy muy *cabal* y su cómoda no la pierde, porque me ha ofrecido el doctor don Tiberio Revoltijos que *me* gana el pleito si le anticipo trescientos pesos: pienso reunir ese *pistillo* el domingo próximo, pues ahora tengo unos gallos de *rechupete* que jugaré en persona. Ese señor Pelésnez no sabe amarrar navajas..... La del *Peludo* la dejó *torcida* y á los otros gallos se las *apretó* mucho..... así es que todos se *perdieron* por culpa suya..... y luego pone el gallo muy cerca del otro..... y ¡no señor! debe ponerse un poco más lejos..... Tengo un gallo *pagaley* y un gallo-gallina que son una preciosidad y si U. quiere lo llevo en la pelea.

—Gracias maestro..... con que mi mueble ¡eh! *

—Si, si, pierda cuidado, que yo soy una persona muy *cabal*.

Me despedí de aquel desgraciado á quien no he

vuelto á ver, ni á mi cómoda tampoco, por lo que creo que fué devorado por el doctor Revoltijos antes y después de haberle perdido el pleito.

FIN DE "EN LA CANCHA DE GALLOS".

Erratas notables de "Las graciosas aventuras del gran Morajda."

	DICE	DEBE
Capítulo III, página 76, línea 36—	<i>balija</i>	<i>valija</i>
V " 80, " 21—	<i>zorna</i>	<i>sorna</i>